

PERSPECTIVAS BELICAS DE OCCIDENTE

(Contribución al problema de la actitud de la Alemania occidental)

(Conclusión.)

IV.—ALGUNOS POTENCIALES BÉLICOS.

1. *Espacios y habitantes.*

Las estadísticas se prestan a interpretación distinta según su composición. Los números que se dan más abajo, tampoco pueden suministrar una imagen absolutamente fiel, porque se basan, parcialmente, en aproximaciones y porque los censos se realizaron en épocas distintas.

Mientras por lo que hace a los componentes del bloque oriental sabemos, hasta cierto punto, cuáles son, en relación con el bloque occidental, en cambio, no sabemos si habría que incluir a todos los miembros de la *Commonwealth* británica. Aquí hemos prescindido de ellos, porque parece bastante improbable que en el caso de serias complicaciones, todos estos Estados enviaran fuerzas auxiliares de consideración. Incluso es problemática la coopearación de dichas fuerzas en los trabajos preliminares. Para la valoración del contingente humano se nos antoja suficiente la selección elegida.

LAS PARTES DEL MUNDO

	MILLONES	
	Km. ²	Habitantes
Asia	44,13	1.200
América	42,6	308,5
África	29,8	180
Europa (incluida Rusia europea)	10,3	550
Australia y Nueva Zelanda	7,97	9,4

HEINZ GUDERIAN

EL BLOQUE ORIENTAL

	MILLONES	
	Km. ²	Habitantes
Unión Soviética	22,0	200
Albania	0,828	1
Bulgaria	0,110	7
Rumania	0,237	16
Hungría	0,093	9
Checoslovaquia	0,127	12
Polonia	0,310	23,7
	22,905	268,7
China con Manchuria	11,061	506
<i>Total</i>	33,966	774,7

EL BLOQUE OCCIDENTAL

	MILLONES	
	Km. ²	Habitantes
Estados Unidos	9,385	150
Gran Bretaña	0,242	50
Francia	0,551	40,5
Italia	0,301	46
Bélgica	0,030	8,3
Países Bajos	0,034	9,5
Dinamarca	0,043	4
Noruega	0,322	3
Portugal	0,091	8
Islandia	0,103	0,122
Canadá	9,980	13
Luxemburgo	0,002	0,29
Pacto del Atlántico	21.084	332,712
Grecia	0,132	7,3
Turquia	0,762	18
<i>Total</i>	21,978	357,012

LOS DUDOSOS

	MILLONES	
	Km. ²	Habitantes
Irak	0,452	4,1
Irán	1,647	16
Arabia	1,6	5,5
Irlanda	0,068	3
Yugoslavia	0,257	16
Suecia	0,448	6,7
Suiza	0,041	4,2
España	0,504	27,5
Finlandia	0,306	4
<i>Total</i>	5,323	87,0

PERSPECTIVAS BÉLICAS DE OCCIDENTE

ALEMANIA

	MILLONES	
	Km. ²	Habitantes
Zona británica	0,097	22,3
Zona americana	0,107	17,2
Zona francesa	0,042	5,9
	<hr/> 0,246	<hr/> 45,4
Zona soviética	0,107	17,3
Berlín		3,2
	<hr/> 0,353	<hr/> 65,9
Nuevo censo		<hr/> 67,3

AUSTRIA

	MILLONES	
	Km. ²	Habitantes
Austria.....	0,83	7
<i>Total</i>	<hr/> 5,759	<hr/> 161,3

2. *Bajas de guerra y estado de natalidad.*

Las bajas de guerra alemanas se hallaban hasta el 21 de enero de 1945 en la siguiente situación :

Muertos por acción enemiga	1.810.061
Muertos por otras causas.	191.338
Heridos	4.429.875
Desaparecidos	1.902.704
Prisioneros de guerra	1.900.000
Víctimas de la población civil (aproximadamente)	900.000

Las pérdidas del ejército alemán en los meses comprendidos entre febrero y mayo de 1945 no son exactamente conocidas, como tampoco las de la población civil por muerte violenta o por hambre después del final de la guerra.

La guerra, a causa de las bajas de varones, ha producido en Alemania un exceso de hembras que alcanzaba en 1946 la cifra de 7,3 millones; después del regreso de una gran parte de los prisioneros de guerra se redujo dicho exceso a 5,3, siendo en las edades inferiores a los cincuenta años, en 1949, de 3,3 millones (cfr. Prof. Dr. Burgdörfer, en *Grenzgebiete der Medizin*, 1949, cuaderno 8, edit. Urban und Schwarzenberg, Berlín-München).

El exceso de población femenina afecta principalmente a la zona soviética.

La densidad de población de Alemania era antes de la guerra de 148 habitantes por km.² Actualmente existen en la República Federal de la Alemania occidental 208 habitantes por km.²

El territorio de la República Federal contaba en 1939 con 39,4 millones.
 Por afluencia de desplazados, en 1946 con 44,6 —
 Por nuevos desplazados y repatriados, en 1949 con 47,7 —

(Suprimimos los gráficos sobre la población alemana que el autor ha tomado de la revista antes citada, págs. 334 y 335.)

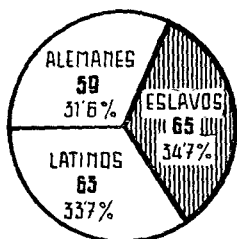
La comparación entre los números de habitantes de 1940 y 1947 da como resultado el aumento y la disminución de la población en las distintas partes del mundo. Europa —sin la U. R. S. S.— es el único continente que registra una disminución.

	Habitantes en millones		Aumento Disminución en millones		%
	1940	1947			
Mundo	2.216	2.326	110		5,0
Europa (sin U. R. S. S.)	405	384	—	121	5,2
U. R. S. S., en Europa	129				
U. R. S. S., en Asia	41	170	193		13,5
Asia (sin U. R. S. S.)	1.194	1.240	46		3,9
Africa	160	188	28		17,5
Norteamérica	186	206	20		10,8
América del Sur	90	103	13		14,4
Australia	11	12	1		9,1

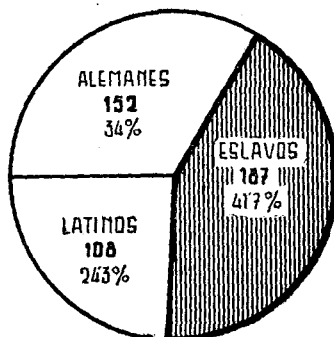
(Según *Bevölkerungsbilanz des Zweiten Weltkrieges in Europa*, de Friedrich Burgdörfer, Munich, en «Med. Wschr.», núms. 35/36, 8-XII-1950.)

EL DESPLAZAMIENTO DEL PUNTO DE GRAVEDAD DE LA POBLACION EUROPEA

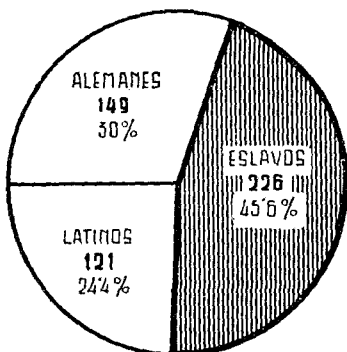
CIFRAS EN MILLONES



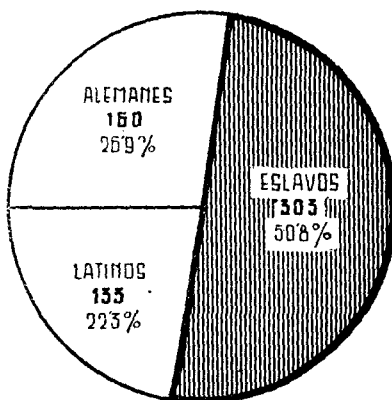
AÑO 1810



AÑO 1910



AÑO 1930



AÑO 1960

PERSPECTIVAS BÉLICAS DE OCCIDENTE

Nacidos vivos de cada 1.000 habitantes	1939	1947
Estados Unidos	17,3	25,8
Canadá	20,4	28,6
Argentina	24,9	24,3
Chile	33,6	33,8
Australia	17,6	24
Suecia	15,4	18,9
Italia	23,6	21,9
Polonia	24,3	?
<i>Frente a:</i>		
Alemania, zona oriental	22,2	18,5
Berlín	15,7	9,6
<i>Frente a:</i>		
U. R. S. S.	37,0	?

Estas supervisiones pueden ser suficientes para dar una idea del aumento de la población en los territorios del bloque oriental y en los del bloque occidental, y también reflejarán la situación extremadamente seria del pueblo alemán en medio de estos grupos de potencias. Serían necesarios varios decenios de paz imperturbable y de provechoso trabajo, en condiciones sociales favorables, para volver a llevar a Alemania a la situación de 1910: tanto es lo que nos han afectado las dos últimas guerras mundiales perdidas y hasta tal punto nos han hecho retroceder en nuestra esencia vital los años de miseria que han seguido a las derrotas.

Los esquemas precedentes también permiten observar que el bloque oriental aventaja en gran parte al occidental en el aspecto del aumento de población.

Nosotros los alemanes estábamos en vía de adquirir, en cuanto a la natalidad, el signo positivo; la guerra ha interrumpido este favorable desarrollo para muchos años.

Es importante para nosotros saber qué es lo que han sido capaces de hacer hasta ahora los dos grandes bloques mundiales con las masas humanas de que disponen. Frente a las 175 divisiones soviéticas, que además podrían ser reforzadas con las aportaciones de tropas de los Estados satélites (1), y con las cuales está aliada toda la potencia de China (que no por ignorada es menos considerable, a pesar de desconocerse

(1) Hungría, 165.000 hombres (según el Tratado de paz, 70.000); Rumania, 300.000 hombres (según el Tratado de paz, 138.000); Bulgaria, 195.000 hombres (según el Tratado de paz, 65.000). Datos del discurso de Tito para justificar el presupuesto de guerra para 1951.

Hay que agregar a Checoslovaquia (180.000 hombres) y a Polonia (270.000 hombres).

su magnitud y su capacidad de combate), se hallan actualmente en la Europa occidental 18 divisiones débiles, mal armadas, de procedencia europea, y cuatro divisiones angloamericanas. Los refuerzos anunciados en el último otoño para la Europa occidental no han llegado hasta el momento (menos una brigada de Irlanda del Norte). Fué nombrado un jefe de las fuerzas armadas del Pacto del Atlántico. Además hay bastantes fuerzas sujetas a los campos de combate de Corea, Indochina y Malaya. La decisión en el conflicto de Corea es incierta.

Mientras entre las potencias del bloque occidental los combates se vienen realizando hasta ahora a base de fuerzas de combate norcoreanas, chinas y otras asiáticas, manteniéndose los rusos al margen de los hechos bélicos, las potencias occidentales se han fijado en el Extremo Oriente en parte en nombre de la O. N. U., en parte en interés propio, comprometiéndose en gran escala sin alcanzar hasta el presente una decisión. El resultado de esta política y de esta estrategia es un aplazamiento en la organización de la seguridad de la Europa occidental.

3. *Algunas materias fundamentales.*

PAISES	Hierro	Acero	Petróleo	Carbón	
	(En millones de toneladas)				
U. R. S. S.	19	27,5	39	275	328 (según otros cálculos)
Estados Unidos... ..	54	100	300	460	
Europa occidental...	27	50	—	451	

ENERGIA INDUSTRIAL

U. R. S. S.	75.000 millones de kilowatios hora
Estados Unidos... ..	312.000 » » »
Europa	72.000 » » »

VEHICULOS DE MOTOR

U. R. S. S.	440.000, de ellos el 80 por 100 de carga
Estados Unidos... ..	9.000.000, de ellos el 1,5 por 100 de carga

Según el *US News and World Report*, la producción anual de petróleo se distribuye como sigue:

En América.	3.075 millones de barriles Estados Unidos
En el Oriente Medio... ..	660 » » » »
En la U. R. S. S.	324 » » » »
En Asia Oriental... ..	85 » » » »
Europa Occid. y Africa.	31 » » » »

La misma revista estima el consumo civil en la U. R. S. S. como sigue: total, 135 millones de barriles, distribuidos en:

- 55 millones para tractores y máquinas agrícolas.
- 44 millones para la industria.
- 36 millones para tráfico.
- 40 millones para los restantes Estados del bloque oriental.

Para consumo militar, 159 millones de barriles, distribuidos en:

- 125 millones para las fuerzas aéreas (19.000 aparatos).
- 19 millones para las fuerzas de tierra.
- 13 millones para las fuerzas de mar.

Se cuenta con una reserva actual de petróleo de unos 55 millones de bidones.

Aunque hablando del potencial humano la situación del bloque oriental es muy favorable, hay que reconocer que en relación con las materias primas y la producción industrial es hasta el presente muy desventajosa. No hay duda de que la U. R. S. S. y China poseen las más importantes materias primas: carbón, minerales y petróleo en gran cantidad. Pero estos tesoros subterráneos yacen aún en su mayor parte en zonas no explotadas. No pueden extraerse por ahora, y debido al estado de atraso en el desarrollo de la industria, no pueden tampoco emplearse. Además, los más importantes yacimientos petrolíferos se hallan en la frontera meridional del territorio soviético, y, por tanto, dentro del radio de acción de las armas aéreas occidentales. Las adquisiciones soviéticas de caucho, lana, uranio, duraluminio, buna, molybdeno y vanadio, tubería de soldadura autógena, raíles, rodamientos a bolas, hojalata, chapa para calderas, cables, cemento, tejidos para uniformes y ropas, locomotoras, etc., permiten conocer los puntos flacos de la economía rusa.

4. *Potenciales.*

Esta ojeada rápida y nada completa a las cifras de población y las materias fundamentales en Estados Unidos y en la U. R. S. S., muestra que el bloque oriental, aprovechando militarmente sus grandes masas humanas, de acuerdo con un programa de rearme planificado desde el armisticio de 1945 y sacrificando conscientemente las aspiraciones de un

standard de vida de la población, ha sacado gran ventaja al bloque occidental. Esta ventaja, unida a un alto grado de preparación, permite al bloque oriental llevar su política hasta el límite extremo entre la guerra y la paz.

De otra parte, es evidente que la mayor riqueza en materias primas, unida a una industria muy superior, tiene que dar a la larga una fuerza mucho más poderosa al bloque occidental, siempre que la política de los occidentales consiga ganar el tiempo necesario para el despliegue de esta fuerza y asegurar a la Europa central y occidental con sus potenciales humanos e industriales de este lado del telón de acero.

A esto se agrega la necesidad para los pueblos del occidente de Europa de reponerse de las pérdidas de la guerra, en sentido personal y material. Esta necesidad de recuperación es tanto más digna de consideración cuanto que el potencial de hombres, de materias primas y de industria de los países europeos occidentales es aún importante, pese a todas las pérdidas, y porque, después de dicha recuperación, podría representar un factor esencial en la balanza de las grandes potencias.

5. *Consecuencias.*

De todo lo que antecede se deduce que lo más importante para el bloque occidental es ganar tiempo: tiempo para alcanzar la altura necesaria en la política eficaz, basada en una industria propia y en reservas propias de materias primas; tiempo para que se fomente el rearme, descuidado desde 1945, de suerte que el bloque occidental, incluyendo a la Europa occidental, sea capaz de defenderse; tiempo para resucitar a la Europa occidental a nueva vida y hacerla capaz de ofrecer resistencia; *tiempo, tiempo y tiempo.*

El bloque occidental, y muy especialmente la Europa occidental, necesitan una paz prolongada y segura para ofrecer a la Humanidad el reposo, urgentemente necesario después de las sangrías de dos agotadoras guerras. El reposo y la recuperación espirituales son tan imprescindibles como la rehabilitación física y material.

Si está uno de acuerdo con este principio, se llegará a la conclusión de que todas las medidas políticas deben encaminarse a fortalecer la paz.

Pero si se asoma uno al mundo se verá que sucede todo lo contrario. Es cierto que no hay hombre de Estado que no hable de la paz; pero los actos no se hallan siempre en consonancia con las palabras. En Lake-Success se decidió la intervención de la O. N. U. en el conflicto de Corea. La intervención se produjo, en su origen, para rechazar a los norcoreanos hasta el otro lado del paralelo 38. Pero, ya en marcha la ofensiva, las tropas de la O. N. U. prosiguieron su avance en persecución de los norcoreanos vencidos y se acercaron al Yalu, próximo a la frontera manchuriana. Las fuerzas de la O. N. U. y la Asamblea reunida en Lake-Success se sorprendieron mucho cuando atacó China, obligando a las fuerzas de la O. N. U. a repasar nuevamente el paralelo 38. Aquello resultó muy violento.

De lo que se trataba, al parecer, era de evitar que se propagara el conflicto. De todas formas, bastante es ya lo que pasa en Indochina y en Malaya. Pero para las Naciones Unidas resultaba más impotrante, con vistas al futuro, el que China fuese declarada «agresora»; sin embargo, es dudoso que se pueda sofocar pronto por este procedimiento la hoguera, que amenaza con transmitirse a todo el mundo, ahogando en llamas las esperanzas de un desarrollo pacífico de los pueblos extenuados. Aunque no se acuerde de modo expreso que a la condenación de China sigan sanciones económicas, persiste la ofensa que se ha hecho al gran Estado, capaz de ulteriores evoluciones.

Esta política de *mano dura* la patrocina Estados Unidos, y a ella se han sumado miembros de la *Commonwealth* como Australia y Canadá.

Mucho más cautelosa es la actitud de Inglaterra. Su primer ministro Attlee visitó al Presidente Truman para aconsejar mesura. Obtuvo un éxito parcial, pero disgustó a su aliado y puso de manifiesto que había desacuerdo entre los dos miembros capitales del bloque occidental.

Más aguda aún que la posición de Inglaterra es la de los Estados árabes y asiáticos, que, bajo la guía del Pandit Nehru, se declararon unívocamente partidarios de una política de conciliación con China, mediando activamente para obtener una solución en el conflicto. Las condiciones sociales de la India, en especial su situación alimenticia, obligan al Pandit Nehru a preservar la paz en el mayor grado posible. Su país se halla en una situación que es comparable a la de Alemania. Una guerra constituiría para la India una verdadera catástrofe.

Ante el Parlamento indio dijo hace poco el Pandit Nehru: «Creo que para explicar problemas asiáticos y comprender a los demás y vencerlos nos hallamos en mejor situación que ciertos Estados de Occidente, en cuyos métodos está ausente —permítaseme decirlo con toda modestia— cualquier clase de delicadeza.» Aquí se acusa una solidaridad asiática —hasta ahora no manifestada—, que impide a los indios luchar al lado de los «blancos» contra los «amarillos». Esta consciencia asiática les da esperanzas de que Mao Tse Tung sepa llevar a China a una senda política independiente, no necesariamente igual a la de la U. R. S. S.

China se presentó, después del éxito en Corea, en Lake Success, apoyada en su alianza con Moscú, con plena consciencia de su fuerza, hasta el punto de que las Naciones Unidas se hallaron de repente ante una situación inopinada. Esta se caracteriza por el hecho de que el ejército de la O. N. U. no existe de hecho, mientras un ejército chino enorme, apoyado por el ejército, aún mayor, de la Rusia soviética, ha convertido en realidad insoslayable sus triunfos en Corea.

A la vista de estos hechos tan serios, los Estados árabe-asiáticos, la India, incluso Inglaterra, parecen inclinarse por una paz aunque fuera a ultranza. Parece desplomarse la unidad del bloque occidental frente al problema de cuál ha de ser el precio a pagar por dicha paz y quién ha de ser el que lo pague. Estados Unidos, de todas formas, no parecen estar muy inclinados a ceder; están convencidos de que cualquier concesión en el Lejano Oriente conduciría a un nuevo Munich; de ahí que se esfuerzen en afianzar su posición asiática; uno de los medios que creen utilizable para ello es el de la inclusión del Japón en la organización defensiva del mundo occidental. El político americano John Foster Dulles ha sido enviado al Japón con la misión de sondear los supuestos de una paz con el archipiélago nipón (2). No hay duda de que el fortalecimiento del Japón, fomentado por Estados Unidos, se recibe con malos ojos por parte de China. Aún perviven los recuerdos de la larga guerra contra el Japón. Este siempre ha seguido la misma vía de penetración en tierras chinas: Corea y Manchuria. Mao Tse Tung recelará de una unión americano-nipona, mientras los Estados Unidos esperan de ella un alivio.

(2) Obsérvese que el libro de Guderian está escrito antes de la firma de la paz con el Japón (N. de la R.)

Tanto ahora como antes existe el peligro de que el conflicto de Corea, sobre cuya localización no existe seguridad alguna, se propague y se convierta en conflagración mundial. No es extraño, por tanto, que la confianza de los pueblos, que es el objeto de la actual política, empiece a poner en duda la eficacia de las medidas hasta ahora adoptadas. No es extraño que una publicación belga lance la exigencia siguiente: «Enfin, la fin des Chinoiseries!» (3).

Y con ello retornamos a nuestra pequeña Europa occidental.

(3) Robert LEURQUIN, en *Mercure* del 28-I-1951.

V.—¿COMPAÑEROS DE ARMAS O LEGIONARIOS EXTRANJEROS?

Las potencias occidentales, guiadas por los Estados Unidos, han llegado a un acuerdo para defender a la Europa occidental. Han comprendido, además, que una defensa eficaz y duradera del Oeste europeo sólo es realizable mediante la cooperación de la República Federal de la Alemania occidental.

Para la posesión de la Europa occidental son decisivos:

La situación geográfica en el borde occidental del bloque terrestre euroasiático.

La posesión de la costa atlántica y la de la costa septentrional del Mediterráneo.

La posesión de numerosos minerales, especialmente carbón y hierro, y de la industria de ellos derivada

La riqueza de hombres valiosos.

En esta Europa occidental está incluida también la República Federal Alemana. En otros tiempos constituía, con la zona soviética y los territorios agrarios contiguos, el Reich de Bismarck, y se llamaba el *corazón de Europa*. Ahora se ha convertido en vanguardia oriental. Cuenta con unos 50 millones de habitantes. Sus hombres fueron los mejores soldados y conocen al posible enemigo y su modo de combate. La República Federal Alemana posee ricos tesoros en minerales de carbón y de hierro. La pérdida de su territorio significaría la posesión, por parte del agresor, del Atlántico y debilitaría de tal forma el frente defensivo del resto de Europa, que apenas podría sostenerse.

Después de que la crisis coreana ha quitado la venda de los ojos a los occidentales, comprendieron que la defensa de la Europa occidental sería imposible sin la República Federal Alemana. Este tardío reconocimiento trajo consigo que las potencias ocupantes exigieran de repente de los alemanes todo aquello que durante cinco años se les había prohibido. Se omitió, sin embargo, el hecho de preparar espiritualmente a los alemanes para el cambio de situación; cambio operado en los gobiernos, pero no en la opinión pública. Se omitió la debida preparación, no sólo psicológica, sino, sobre todo, política y material.

En septiembre de 1950 se entrevistaron en Nueva York los ministros de Asuntos Exteriores de las tres grandes potencias occidentales para tratar del tema alemán. La conferencia despertó en Alemania occidental las más grandes esperanzas. Los periódicos, a grandes titulares, se expresaban a este tenor: «Cambio en la política con Alemania», «No más ocupación, sino protección», «Adenauer espera plena soberanía», «Abolición del Estatuto de Ocupación», «Una ocasión extraordinaria», etc. Pocos días después leíamos: «Nueva York ha decepcionado a Bonn», «Seguridad en los gastos de ocupación», «Los aliados dicen que no», «Nuevos impuestos para la seguridad», «Libertad con andadores», «Reserva del Canciller de la República Federal».

Ni siquiera los modestos acuerdos de la conferencia de Nueva York llegaron a realizarse. El estado de guerra, que existe aún seis años después del armisticio (4), no se ha cancelado. Las tropas de ocupación no han disminuído ni en una sola patrulla. El estatuto de ocupación no fué reemplazado por un estatuto de seguridad. Fué reconocido el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, pero no tiene libertad de acción. No se ha concedido la libertad para la puesta en marcha de las «industrias prohibidas» (por ejemplo, huna, gasolina sintética). No se han suavizado las limitaciones para las construcciones navieras y para la producción de acero en Alemania. Subsistió el organismo del Ruhr y nuestro carbón fué exportado a menos precio de su valor.

Francia.

A la conferencia de Nueva York siguió la de Bruselas. Se señaló por el hecho de que los franceses, igual que en Nueva York, manifestaron que, dada su actitud de reserva frente a Alemania, sólo aceptarían una cooperación de ésta para la defensa común en la forma de *grupos de combate*, oponiéndose a la creación de grandes unidades, de Estados Mayores alemanes y especialmente a la de un Estado Mayor General alemán y a la de un Ministerio de la Guerra alemán.

¿Qué se entiende por *grupos de combate*?

(4) El estado de guerra con Alemania ha cesado oficialmente después de escrito el libro de Guderian. (N. de la R.)

Se componían en el Ejército alemán, durante la pasada guerra, de diversas unidades hasta el límite de una división, constituidas para una determinada función bélica por un tiempo limitado y en un determinado teatro de operaciones, sin ajustarse a las normas de la estructura de la guerra; después de cumplida su misión, este *grupo de combate* era disuelto. Normalmente, las divisiones se consideraban como las unidades más pequeñas capacitadas para resolver por sí mismas las situaciones tácticas por su composición y su fuerza de combate. Esto es lo que sucedía en el ejército alemán, y así pasaba y pasa aún hoy en todos los ejércitos de las potencias extranjeras, y también en el francés. Pero nos quieren dorar la píldora pretendiendo que los *grupos de combate* son la forma más moderna de la estructura militar y que los otros ejércitos imitarían nuestro ejemplo. Si los *grupos de combate* fueran realmente algo excepcional, los jefes de los ejércitos de las grandes potencias estarían locos al vacilar en introducir esta estructura en sus fuerzas, ya que dichos *grupos* son inferiores en número a las divisiones (no pasan de 4.000 a 6.000 hombres), y, por tanto, también mucho más baratos, al menos a primera vista. Pero, en realidad, estas unidades son demasiado pequeñas para un desarrollo táctico normal, y sobre todo para la dirección del combate y la cobertura de las llanuras centroeuropeas. Habría que empezar en seguida a integrarlas en unidades mayores, o sea, en divisiones. Pero si las divisiones se componen de unidades de distintos pueblos con distinto idioma, entonces ya se tropieza con dificultades muy importantes en cuanto a la transmisión de órdenes e informaciones. No acertamos a ver por qué se crean tantas dificultades frente a un presunto enemigo muy superior en número. Para los enlaces de carros de combate, que se realizan por medio de radiofonía, existiría una verdadera *babelización*. El técnico tiene que rechazar tanto disparate.

La petición francesa de que se creen *grupos de combate* para la Alemania occidental se acusa como una de tantas disculpas de la política francesa para evitar que se llegue a la igualdad de derechos para Alemania, de cuya concesión gustan de hablar los franceses, pero que en la práctica sabotean lo más posible.

El 7 de enero de 1951 pronunció un discurso en Béziers el ministro de la Guerra francés, Jules Moch, que dijo: «No queremos ningún ejército alemán, ni tampoco un Estado Mayor alemán, cuya creación enee-

rraría la posibilidad de una traición. Estamos, en cambio, conformes en emplear a los alemanes jóvenes, incorporándolos, dentro de unidades pequeñas, al ejército europeo.» ¡Qué terrible humillación! El ministro prosiguió: «En Bruselas tuvimos que renunciar provisionalmente a la idea de un ejército europeo, tal como lo concebimos nosotros. Pero se convino en no crear unidades alemanas superiores a un tercio de una división, o sea los llamados *grupos de combate*.» Dijo en el mismo discurso: «No debe olvidarse que la U. R. S. S. tiene actualmente movilizadas las quintas de 1927 a 1930, es decir, 4.600.000 hombres (5). La U. R. S. S. sostiene en Alemania 30 divisiones, que equivalen a 20 divisiones occidentales (6), y en Rusia 140 divisiones. Francia sólo tiene en Alemania tres divisiones. No quiero que se me pueda reprochar algún día el haber descuidado la preparación de las fuerzas de combate francesas.» Este reproche no se le hará, probablemente, al señor Jules Moch; pero lo cierto es que, por sus resentimientos, torpedea cualquier entendimiento germano-francés, y esto es mucho más grave, porque impide por ello la defensa eficaz de la Europa occidental, en cuya defensa le cabe una responsabilidad de primer orden.

El 24 de enero de 1951 anunció el mismo ministro ante los periodistas: «Toda la acción de las naciones libres se centra en un solo objetivo: resistir a un ataque eventual, siempre que sea posible, fuera de las fronteras de los países del Pacto del Atlántico, o sea, por lo que atañe a Francia, fuera de las fronteras francesas. La resistencia debe producirse lo más cerca posible del punto de partida de la agresión eventual...» —es decir, en suelo alemán—. Prosiguió: «Los aliados están de acuerdo en defender a las naciones libres y en no proceder después a una guerra de liberación cinco o diez años después de la agresión, que no conduciría más que a una liberación de los cementerios y de las ruinas de nuestra civilización.» Precisamente esto es lo que ha organizado Jules Moch. ¿O es que cree que Francia puede defender la Europa occidental, incluso Alemania, sin contar con los alemanes, aunque la ayuden en la empresa los Estados Unidos y la Gran Bretaña? Nosotros cree-

(5) Posee, por tanto, un incremento anual normal de 1.200.000 hombres, aproximadamente.

(6) La ecuación $2 \text{ divisiones occidentales} = 3 \text{ divisiones orientales}$ es una cuenta problemática. Depende del número de combatientes, y ahora las divisiones occidentales son más fuertes por sus elementos de combate, mucho mayores que los de los orientales.

mos que no. El habla de «naciones libres»; los alemanes, sin embargo, no son libres.

Entretanto, el Presidente del Consejo de Ministros, Plevén, estuvo en Washington y regresó muy satisfecho de su conversación con el Presidente Truman. He aquí el resultado:

1. Reconocimiento por parte de los Estados Unidos de la exigencia de que Europa, en caso de ser agredida, tiene que ser defendida.

2. La promesa americana de enviar sin demora un portaviones a Indochina, proseguir los suministros de armas para las fuerzas armadas francesas y entregar a Francia por lo menos la mitad de los 500 millones de dólares solicitados para apoyar el esfuerzo francés en el Lejano Oriente.

3. La promesa de los Estados Unidos de apoyar el plan Schuman.

4. Las seguridades dadas por el Presidente para promover una conferencia de los cuatro grandes.

5. La seguridad dada por los Estados Unidos de cooperar con Francia y otras potencias en la aspiración a llegar a una equitativa distribución de las materias primas.

No se reveló nada acerca de las relaciones franco-alemanas. Mientras se decidía defender a Europa, se aplazó la cuestión de la participación activa de la República Federal Alemana Occidental. Por lo visto, se quiere saber previamente si los alemanes están dispuestos a cooperar o no.

Finalmente, hizo algunas declaraciones el Alto Comisario francés, François-Poncet, en una conferencia de prensa en Kiel, el 29 de enero de 1951, sobre el problema de las fronteras alemanas. Declaró que todas las fronteras alemanas, incluso las del territorio del Sarre, eran sólo provisionales, añadiendo que el Gobierno francés pretendía convertir el Sarre en un elemento de unión entre Alemania y Francia. Que este territorio debería, a causa de su posición geográfica y económica, seguir abierto tanto hacia Occidente como hacia Oriente, administrándose de manera parecida a Luxemburgo, sin predominio específico francés ni alemán. Por esta actitud se colocan los franceses en el mismo plano que los rusos, que fijan la frontera en la línea Oder-Neisse, y quebrantan su promesa de que el Sarre sólo debía ser separado de Alemania económica, pero no políticamente. A esta promesa nunca podía dársele crédito. Pero el Sarre es alemán y debe seguir siéndolo, y los franceses obrarían con

más sensatez si no participaran en el despedazamiento de Alemania, si es que alguna vez quieren tener a los alemanes como amigos.

François-Poncet aconsejó paciencia a los alemanes, creyendo que para Alemania sería más fácil el olvido. La senda para la reconciliación sería más larga para Francia, ya que «las heridas no cicatrizan en un par de horas». Nosotros no comprendemos por qué la senda francesa para la reconciliación ha de ser más larga que la nuestra, cuando Francia no cesa de acumular sobre nosotros herida tras herida: el Sarre, la cuestión de los prisioneros, la igualdad de derechos. A fin de cuentas, Francia es la que, en el transcurso de trescientos años, ha conseguido, tras varias guerras rapaces, avanzar su frontera oriental a costa del territorio alemán, después de que durante más de ochocientos años discurrió la divisoria sobre la línea Oise-Marne —por el Plateau de Langres— hasta el Ródano. Ahora es Francia la que con más fuerza reclama indemnización. Sabe, «con diplomático *savoir faire*, estirar las conversaciones en curso, de manera que nadie puede comprender exactamente qué es lo que pasará en definitiva con las tropas auxiliares alemanas» (*Neue Zürcher Zeitung*, de 2-II-1951). La política francesa es para nosotros inescrutable, por no decir algo más. No está de acuerdo con la idea de Europa. Que se acuerde Francia de las palabras de Bismarck: «No considero tarea nuestra el perjudicar a nuestro vecino más de lo estrictamente necesario para asegurar el cumplimiento de la paz; al contrario, lo que deseamos es servirle y ayudarle a reponerse de la desgracia que ha sobrevenido al país, en la medida en que podamos hacerlo sin riesgo para nuestros propios intereses.» Francia se encuentra en la posición del vencedor y con ello en la situación feliz de poder obrar de acuerdo con los principios de Bismarck.

A propósito de la cuestión de los prisioneros, el Gobierno francés manifestó que no tenía el propósito de revisar las sentencias dictadas contra alemanes condenados por Tribunales franceses por el delito de crímenes de guerra. Volveremos a tratar de la justicia de los Estados vencedores, pues también Inglaterra ha publicado una nota semejante.

Inglaterra.

La política británica es completamente comprensible para nosotros.

en relación con el Lejano Oriente; en cambio, es incomprensible la actitud de Inglaterra hacia Alemania.

El Alto Comisario británico en Alemania, Sir Ivone Kirkpatrick, ha hecho en los últimos tiempos frecuentes declaraciones sobre los problemas anglo-alemanes. En Hamburgo reprochó a los alemanes el no haberse decidido aún claramente en favor de las potencias occidentales. Al parecer, se le han escapado los resultados de las elecciones en la Alemania occidental, pues, si no, habría percibido el punto de vista de los electores alemanes. Parece ser que después de esto se le presentaron algunas observaciones por parte de los alemanes, lo que le determinó a hacer nuevas declaraciones el 30 de enero de 1951. Admitió en ellas que el primer paso y la iniciativa para una concesión de la igualdad de derechos a los alemanes debería partir de los aliados. Agregó a continuación: «Entonces es también exigible que los alemanes abandonen sus resentimientos contra los aliados y que nos concedan los mismos derechos que se nos piden a nosotros.»

No nos atrevemos a dar crédito a nuestros oídos. ¿Quién tiene resentimientos? ¿Los alemanes o los franceses e ingleses? ¿Qué derechos podemos otorgar nosotros a las potencias ocupantes? ¿No se han apoderado de todos los derechos de un pueblo antes libre? ¿Qué debemos autorizar a los aliados que nos critiquen? ¿No lo hacen ya los aliados, desde hace más de seis años, con exceso? ¿No están los aliados empeñados desde hace más de seis años en someternos a una *reeducación* por la cual no dejan hueso sano en todo nuestro pasado? ¿Cree Sir Ivone Kirkpatrick que nos es menos querido nuestro pasado que el suyo a los británicos? «Estoy seguro de que la mayoría de los alemanes está en contra el comunismo, pero ello no demuestra necesariamente que la mayoría de los alemanes es partidaria del Oeste.» ¿Puede preguntarse qué es lo que han hecho el Gobierno británico y Sir Ivone para atraer a los alemanes a Occidente? Hasta el mismo día de hoy se ha procedido a la voladura de los últimos refugios antiaéreos de la población civil, mientras la razón y el humanitarismo exigen la construcción de muchos más refugios. Hasta ahora mismo se procedió al desmantelamiento en Watenstedt-Salzgitter, en Dortmund-Hörde, a impedir nuestro creciente comercio exterior por razones de competencia, a desacreditar nuestros valores extranjeros, mientras, por otra parte, se trataba ya de la posibi-

lidad de incrementar la industria alemana para los fines de las potencias occidentales. El ministro británico del Aire, Arthur Henderson, declaró que los ataques de maniobra que se realizaban contra Heligoland no se suspenderían, y que no podía garantizar cuándo podrían regresar a la isla sus habitantes. Que Heligoland es un objetivo ideal para los bombarderos, y que no se podrá renunciar a él en interés al debido entrenamiento de las tripulaciones aéreas. Gran Bretaña posee miles de islas, entre ellas muchas deshabitadas, que, consideradas atentamente, servirían mejor para ejercicios de bombardeo que Heligoland, cuya destrucción constituye el mismo error psicológico, por parte de los ingleses, que el que comete Francia con la separación del Sarre. El reconocimiento aplazado por un año de nuestro punto de vista en la cuestión de Heligoland no acusa una agudeza psicológica penetrante.

Igual que Francia, también el Gobierno británico ha hecho saber, por medio del subsecretario de Estado del Foreign Office, Ernest Davies, que no tenía la intención de rebajar las penas impuestas a los prisioneros alemanes que están bajo custodia inglesa. Por parte de la Inglaterra oficial nada se hace para llegar a una solución de la cuestión alemana y del problema europeo; más bien puede constatarse lo contrario: se hace todo lo posible por impedir esa solución. Con ello se juega igual con el destino de Inglaterra como con el de Alemania.

Nada menos que el general británico J. F. C. Fuller escribe en su notable escrito *How to defeat Russia*: «Si Europa fuese dominada por los rusos, el Mediterráneo sería insostenible; entonces podrían dominar también el Oriente Medio y provocar una revolución en Africa»; los rusos, como es natural. Y prosigue el autor: «Finalmente, cuando el viejo mundo estuviese *sovietizado*, podrían emprender la conquista psicológica del nuevo mundo y constituir la República Soviética Mundial.» Este experto militar y escritor británico considera a Europa como el punto de gravedad más amenazado por una nueva guerra mundial. Exige, por tanto, un viraje total en el orden espiritual, porque la llamada *guerra fría* es una verdadera guerra y no un simple disparate. «Es ya la tercera guerra mundial, no sólo en esencia, sino en acción» (*It is the Third World War, not only in being but in action*). El general Fuller trata después del problema alemán: «Si vale la pena conservar a la Alemania occidental, entonces vale la pena también ganarse la buena vo-

luntad de los alemanes occidentales, lo que no se podrá conseguir si no se cancela psicológicamente la última guerra mediante una amnistía que convierta a Alemania occidental en potencia soberana.»

Winston Churchill, nada sospechoso ciertamente de germanofilia, dijo en los Comunes: «El progreso en la defensa de Europa ha sido lamentablemente lento. Desde nueve meses había abogado él por conseguir el apoyo alemán. Pero nada se había logrado. Alemania está hoy más indefensa que ningún otro país europeo frente a la amenaza comunista y rusa. Se han perdido años enteros. Nada se ha hecho que corresponda, aún en apariencia, a la magnitud de la amenaza que se aproxima» (*Neue Zürcher Zeitung*, 14-XII-1950).

A todo esto, no son los llamados *puntos de prestigio* —bombardeo de Heligoland y todos los otros síntomas externos de nuestra falta de libertad— los que constituyen las realidades peores por las que fracasó hasta ahora el entendimiento con las potencias occidentales y que puedan seguir haciéndolo fracasar. Los obstáculos son más profundos aunque menos apreciables. Hay que citar, en primer lugar, el Estatuto de Ocupación. Hasta ahora sólo se ha llegado a la llamada «pequeña revisión». A este propósito, hay que citar el más que ambiguo Plan Schuman, que los franceses hubiesen fundido muy a gusto con la cuestión del rearme y que al menos debería haber conducido a la eliminación del Estatuto del Ruhr.

A este punto pertenece también la descentralización de la industria, la *descartelización*, de que se abusa con el fin de destruir la capacidad de competencia de la industria alemana en el mercado mundial y para que una Alemania, siempre sujeta al control de importaciones y exportaciones, se encuentre continuamente al borde de una ruina total y de la capitulación económica. La separación de la industria de elaboración de la industria básica y la separación del carbón del acero ya nada tienen que ver con la *descartelización* como se había concebido originariamente. Esta debía tender a evitar un exceso de poder económico impidiendo, además, sus posibles abusos. Pero lo que ocurre ahora es la asfixia de la competencia, la privación de las bases de una existencia material. Es cuestión de los técnicos el saber en qué medida se conjugará en el futuro esta «descartelización» con el Plan Schuman. A nosotros se nos antoja una continuación del Plan Morgenthau. Si se continúa con esta

política económica en relación con Alemania, entonces la ayuda del Plan Marshall será vana, entonces jamás se recuperará de modo duradero la industria alemana, que no será nunca autónoma ni capaz de alimentar al pueblo alemán.

Acerca del procedimiento en la compensación de cuentas, resulta elocuente la comunicación de la Dirección de las industrias de Essen, según la cual los bienes de reparación de 270.000 toneladas con un valor antes del desmantelamiento calculado en 255 millones de marcos, sólo se compensaron como 40 millones de marcos.

A este punto corresponde el problema del reconocimiento de la deuda extranjera, sin contabilizar las contrapartidas alemanas. No se nos consideran ni las fortunas confiscadas y liquidadas en el extranjero ni los valores de patentes. También aquí podría compensarse la negativa de reconocer las grandes exigencias por parte alemana con la negativa de la «pequeña revisión» del Estatuto de ocupación por parte aliada (7).

A esto corresponde también el problema de la industria del carbón; por las actuales y excesivas exportaciones, la economía alemana y los hogares alemanes se hallan demasiado castigados. A esto corresponden también las limitaciones que se han impuesto a nuestra industria, a la construcción naviera, al comercio y a las comunicaciones.

Frente a esta política ambigua y más que dudosa, no deben extrañarse Sir Ivone Kirkpatrick y el Gobierno laborista de la amistad de que los alemanes no quieran navegar, viento en popa, hacia las aguas inglesas. No sabemos si para los ingleses y los franceses somos ya amigos o si seguimos siendo aún enemigos. Al parecer, tampoco lo saben los Gobiernos inglés y francés. En cuanto estas dos entidades se hayan puesto de acuerdo sobre lo que realmente pretenden, comprobarán con sorpresa que también en el bosque alemán resonará un eco claro y perceptible.

«¿Para qué especie de Occidente se invita a la Alemania occidental a sacrificar sus bienes y su sangre? ¿Es el «cuarto Reich» de la prisión de Landsberg, del patíbulo de Nürenberg, o el «acuario» de Bonn? ¿O es la Alemania de las ciudades en ruinas, de las fábricas voladas o desmanteladas, de los fugitivos, de los mutilados o de las viudas de guerra?» (Del periódico sueco *Dagsposten*, del 27-I-1951.)

(7) Valor de las inversiones alemanas en el extranjero, sin incluir las patentes y las marcas comerciales, confiscadas: de 7.000 a 10.000 millones de marcos; valor de los desmantelamientos: uno: 3.000 millones de marcos (HUBER, *Geopolitik*, XXII, fasc. II, pág. 86).

La cuestión de los prisioneros.

Con ello llegamos a la cuestión de los prisioneros, que hace poco ha vuelto a provocar comentarios públicos. El Alto Comisario de los Estados Unidos en Alemania, Mr. McCloy, se había esforzado, de manera digna de gratitud, por obtener una atenuación en las sentencias que habían recaído sobre los prisioneros de Landsberg, de jurisdicción americana. Se llevó a cabo un minucioso examen de los procedimientos seguidos hasta ahora y de las sentencias dictadas. El resultado consiste en la atenuación de 79 sentencias, en la confirmación de una serie de penas de prisión y de siete penas de muerte. En cuanto a los prisioneros condenados en el llamado proceso de Malmédy, la jurisdicción correspondió al general Handy. También estas sentencias fueron examinadas, y los alemanes condenados a muerte fueron indultados de la última pena por la de reclusión perpetua. Mr. McCloy ha visitado en Spandau al anciano prisionero von Neurath; en esta visita, digna de agradecerse, habrá sacado tal impresión de la situación de los prisioneros allí encarcelados, que no tardará en tomar medidas favorables a ellos.

El hecho de una revisión de las sentencias antiguas y la atenuación de muchas de las impuestas debe recibirse con alegría. La razón que acompaña a la decisión americana no debe quedar, sin embargo, sin réplica desde el punto de vista alemán. Hubiésemos deseado una total purificación de este turbio capítulo de errores y confusiones humanos, y sólo podemos considerar la atenuación llevada a cabo como un primer paso, al que urgentemente deberán seguir otros, si es que se ha de llegar a una floreciente cooperación entre los alemanes y sus enemigos de ayer.

No pedimos, ni mucho menos, que los crímenes queden impunes. Pero hemos de hacer constar que la base jurídica sobre la cual se desarrollaron los procesos de Nürenberg, Dachau y otros lugares, es vacilante. Uno de los más antiguos principios jurídicos precibe: *Nulla poena sine lege*. Es decir: el enjuiciamiento de los hechos sólo puede realizarse a base de las leyes vigentes en la época en que aquéllos se han producido. Gran parte de los hechos juzgados no eran sólo absolutamente lícitos cuando se produjeron, sino, incluso, obligatorios.

Las sentencias fueron dictadas sobre la base de leyes que, tanto para

los procesos de Nürenberg como para las vistas ahora celebradas en Francia, se habían fabricado de manera especial. Los Tribunales estaban compuestos exclusivamente de nuestros enemigos de antaño. Se ha evitado desde entonces lamentablemente el juzgar a personas de otros pueblos, que se habían hecho deudores de la misma culpa de que se acusa a los alemanes condenados, procurando no someterlos a las mismas leyes de Nürenberg o a otras de excepción. Se procedió, por tanto, de manera partidista y extremadamente injusta y se sigue haciendo aún hoy lo mismo.

En el llamado «Informe de Landsberg» del Alto Comisariado de Estados Unidos se dice, a propósito del programa de desplazamientos del Gobierno de Hitler, que aquél «servía al doble fin de expulsar para siempre a los no alemanes de su patria, destruir su cultura e incluso su existencia y colocar en su puesto a alemanes». El informe caracteriza el desplazamiento con la siguiente frase: «Este gigantesco desarraigo de seres humanos sin tener en cuenta sus lazos con patria y familia o sus propios deseos, se tramitó por los organismos gubernamentales creados para este exclusivo fin como un procedimiento completamente ordinario.» Si los jueces americanos juzgan con tanta dureza las anteriores medidas alemanas, ¿qué sucederá entonces con los firmantes del acuerdo de Potsdam y con los malhechores pertenecientes a organismos polacos, checos, yugoslavos y otros, que organizaron y realizaron los desplazamientos en masa de alemanes de raza y de nacionalidad? Estos desplazamientos en masa se llevaron a cabo también sin tener en cuenta ni los lazos de patria y familia ni los propios deseos, y sobrepujaron a los desplazamientos anteriores no sólo en volumen, sino también en la manera brutal y criminal de su realización. Nos suena realmente a sarcasmo cuando el informe dice que «todo esto no podría haber sucedido lógicamente si hubiese existido derecho o si el derecho se hubiera respetado». El informe señala: «Pero como el derecho y la ley están vigentes, hay que responsabilizar necesariamente a los que los quebrantan. Los procedimientos de Nürenberg determinan que el derecho y la ley están en cualquier tiempo por encima del hombre —también por encima de los jefes de Estado y todos los que pertenecen a su séquito— y que el individuo tiene que rendir cuenta de sus actos ante la sociedad.» Nosotros preguntamos: ¿Es válido este punto de vista también para los vencedores?

«Nürenberg, concebido como símbolo de la justicia, se convirtió en aparato de la venganza... Profundamente avergonzado he asistido a la farsa a que se ha sometido en Nürenberg a la justicia americana... Muchas de las personas a las que se ha confiado el testimonio en la administración de justicia en Nürenberg eran alemanes en el momento de subir al poder Hitler —y algunos aun después—. Algunos habían sido perseguidos por causas sociales y otros por causas políticas. Los últimos, porque se les acusaba de comunistas. Se comprende que tengan deseo de venganza... Pero la venganza no es propia de los usos jurídicos, y estos procesos, más que ningunos otros, debían haber quedado libres de la sospecha de que se pretendía ejercer venganza... Como foro de la justicia pura los Tribunales de Nürenberg son una farsa. Como instrumento de la política comunista son eficaces y poderosos.» (Todas estas frases proceden de la carta de Earl J. Carroll al general Lucius D. Clay, según traducción de Fred Lax de 19 de febrero de 1949.) «Si hace siete meses hubiese sabido lo que sé hoy, no habría venido jamás aquí.» (Palabras del juez Charles Wennerstrum, miembro de la «Iowe Supreme Court», antes de su regreso a América.)

Lo mismo que en Nürenberg ocurrió en Dachau. Confesiones por coacción de los acusados, declaraciones por coacción de los testigos, prohibición de declarar a los testigos de descargo son las características del proceso de Malmédy.

El Tribunal juzgaba como juez y parte. Así nunca podrá obtenerse una sentencia imparcial; esto nunca podrá considerarse como Derecho.

Quien conozca por experiencia los métodos de Nürenberg y de Dachau, sabe que los críticos americanos citados tenían absoluta razón al expresar tales opiniones sobre la justicia allí ejercida. Aunque nos complace mucho la intervención del Alto Comisario McCloy para lograr que se atenúen y en parte se indulten muchas de las penas entonces impuestas, no varía en nada nuestra posición esencial que considera la justicia ejercida como un grave error jurídico. Por eso preguntamos: ¿Es imposible que un gran pueblo y sus jueces digan: «Nos hemos equivocado, y queremos ahora, al menos, poner al fin en libertad a los injustamente condenados»?

Esto es lo que sucede con la justicia de los Estados Unidos. En Francia todo va muchísimo peor. El 15 de noviembre de 1948 promulgó la

República francesa una ley que disponía con carácter retroactivo que el acusado tendría que aportar las pruebas de su inocencia, mientras la jurisprudencia normal obliga al acusador que demuestre la culpabilidad del acusado. Esta ley francesa permite, además, la condena de todos los miembros de una determinada organización como culpables, caso de que no puedan demostrar que habían sido obligados a pertenecer a la organización (p. e., la S. S.) calificada de «criminal», y, además, que son ajenos a los crímenes que se atribuyen a la organización. Como consecuencia de esta ley tardía fueron condenados a muerte muchos militares alemanes completamente inocentes, y ello a pesar de que el Consejo de Guerra francés conocía sobradamente los nombres de los verdaderos culpables. Los verdaderos culpables habían caído en parte durante la guerra, en parte habían eludido la acción de la justicia mediante la fuga. Así, el Consejo de Guerra de Lille, en agosto de 1949, condenó conscientemente a nueve inocentes a muerte, más de cuatro años después del armisticio. Una petición de gracia al jefe del Estado Mayor francés tuvo por consecuencia un aplazamiento de la ejecución, y un nuevo procedimiento incoado ante el Tribunal de casación en Metz dió por resultado la confirmación de las penas de muerte. Una nueva petición de indulto dirigida el 30 de mayo de 1950 al Alto Comisario francés, François-Poncet, ha quedado hasta hoy sin respuesta.

Las ideas francesas sobre la justicia frente a los alemanes no se han modificado hasta la fecha. Esta afirmación se atestigua aún más por las circunstancias reinantes todavía hoy, por ejemplo, en la prisión de Burdeos.

Las noticias que nos llegan confirman que en esta sola prisión se pudren aun hoy cientos de militares alemanes. El Consejo de Guerra de Burdeos dicta sentencias mucho más graves, a menudo, que las mismas peticiones fiscales. Los miembros del Jurado que dictamina sobre los alemanes, tienen que haber pertenecido, en su mayor parte, a la *résistance*, según la ley más arriba aludida, o sea, están bajo el influjo de conceptos anteriores. Los testigos no sufren represalia alguna ni en el caso de perjurio. En Burdeos había en noviembre de 1950 cuarenta alemanes condenados a muerte, que pasan el día y la noche encadenados; unos 300 realizan trabajos forzados a perpetuidad. 600 detenidos se hallaban en noviembre aun sin ser juzgados, a pesar de llevar casi seis años en pri-

sión. En julio de 1950 fué fusilado en Marsella un oficial de la Policía alemana, después de llevar más de tres años encadenado, esperando la ejecución de la sentencia.

Unos 1.000 militares alemanes se pudren en la prisión de Burdeos. Pero Francia tiene muchas más cárceles parecidas: en Wittlich, en Fresnes, en Cherche Midi cerca de París, y en otros lugares. Con los millares de alemanes encarcelados sufren también miles de mujeres y niños inocentes, que viven en la más absoluta ignorancia sobre el destino de los seres queridos.

Aun el 5 de febrero de 1951 fueron fusilados en Metz los alemanes inocentes José Weisensee y Stollreiter.

Mientras duren estas circunstancias, ningún antiguo militar alemán puede hallarse dispuesto a una colaboración con los franceses. Bien podremos recordar en este caso la conducta análoga observada durante la guerra por el general francés Juin. Si la República francesa desea sinceramente la reconciliación con los alemanes, que empiece por abrir las puertas de las cárceles.

También Inglaterra sigue teniendo en prisión (en la ciudad alemana de Werl) una serie de generales alemanes. Son nombres de rango los que están allí tras las puertas celulares, y nosotros sabemos que se trata de nuestros mejores y más caracterizados oficiales. No obstante, el subsecretario inglés del Foreign Office, Ernest Davies, dijo a principios de febrero que los «criminales de guerra» alemanes tenían que cumplir sus condenas, aunque podrían contar con la habitual reducción de la pena en los casos de buena conducta.

También en Holanda y en Grecia hay aún alemanes en prisión. En Luxemburgo se dictaron hace poco sentencias de muerte.

Finalmente, no puede uno estar en ningún caso de acuerdo con el trato dado por los belgas al general von Falkenhausen. Es un hombre que ha hecho todo lo posible por lograr un alivio a la población de Bélgica en las inevitables penalidades que acarrea la guerra, y, sin embargo, le arrastran ahora años y años a través de prisiones y campamentos, se le niega el permiso para asistir al entierro de su esposa, se le somete a Consejo de guerra después de cinco años y medio; el Tribunal no puede remediar todas las injusticias y las amarguras que se han causado a este general durante tanto tiempo.

Digamos, además, a las potencias que tanto presumen de justicieras y jurisperitas, que han violado el acuerdo de La Haya, pues han arrojado bombas sobre la población civil y sobre ciudades abiertas, y que después de la guerra no han procedido con los prisioneros de acuerdo con la Convención por ellas aceptada, sino que los han maltratado de manera increíble. No hemos sabido de que se haya procedido contra ninguno de los jefes de campos o de prisiones culpable de malos tratos o contra el mando supremo que haya dispuesto los bombardeos aéreos o el trato dispensado a los prisioneros.

De momento no parece que nadie tenga semejante intención; porque cuando el valeroso profesor francés Maurice Bardèche emprendió un viaje a través de Alemania para dar conferencias sobre la justicia de Nü-*renberg* y para exigir justicia frente a todos, fué detenido en *Göttingen* por los ingleses y repatriado, de acuerdo con las otras dos potencias ocupantes, a Francia. Tal es el estado en la Alemania actual acerca de la libertad de opinión. No parece, en efecto, que nadie lo considere aun maduro; porque el principal promotor del proceso de Malmédy, W. R. Perl, se atrevió aun el 17 de octubre de 1950 —en el *New York Times*— a pedir la ejecución de las penas de muerte impuestas en dicho proceso, especialmente la dictada contra el coronel Peiper. Estas penas de muerte sólo se dictaron en virtud de la actitud ilegal y vil del citado Perl. ¿Quién procede contra Perl? El cómplice de Perl era un tal Thon. No sabemos nada de que se haya iniciado proceso alguno contra ese hombre.

Resumiendo, podemos decir que hasta ahora sólo el representante de los Estados Unidos en Alemania, Mr. McCloy, ha iniciado el camino para emprender una revisión en la situación de los alemanes encarcelados, que este camino no se ha recorrido hasta el fin, pero que se ha cubierto un buen trecho. Sabemos que Mr. McCloy ha tenido que vencer grandes resistencias para lograr lo que hasta ahora ha llegado a nuestro conocimiento, y confiamos en que la senda del Derecho, una vez emprendida, no se abandone jamás.

Deseamos ardientemente, en interés de la unificación de la Europa occidental y de la inclusión de la República federal en esta Europa occidental, que más que nunca sigan los otros Estados europeos el ejemplo de los Estados Unidos y de su representante, y que terminen de una vez

con los procesos que agobian a ambas partes. No comprendemos por qué han de hacer la más mínima impresión las protestas dirigidas por los occidentales a la U. R. S. S. a propósito de los prisioneros de guerra alemanes, cuando los miembros occidentales de este cuerpo europeo sientan, para los rusos, el precedente de obrar de acuerdo con sus usos de derecho.

¿Y ahora qué?

Mr. McCloy nos ha indicado —aunque más todavía a la política estadounidense y sus aliados— el camino a seguir para alcanzar la meta común de mantener la paz y salvar la cultura occidental. Sólo depende ahora de que todos los pueblos occidentales sigan este camino con decisión y que a las palabras sigan las obras. Tenemos la impresión de que los Estados Unidos se han percatado del camino a seguir y que quieren seguirlo. Advertimos, sin embargo, en los propios Estados Unidos fuertes movimientos de oposición, que se manifiestan, en los organismos de Estados Unidos establecidos en la Europa occidental, por su acción de freno. Pero por lo que hace a los Gobiernos de las dos potencias europeas más importantes, Gran Bretaña y Francia, a pesar de nuestra buena voluntad, no podemos comprobar ni el más leve propósito de una auténtica comprensión. Sólo voces aisladas de personas particulares propugnan el entendimiento. Todo lo que ocurrió hasta ahora se realizó contra la voluntad de los actuantes, por imperiosa presión de las circunstancias, de *medio corazón*, por no decir que sin cordialidad alguna. Así padecemos bajo la imperfección de las decisiones, de medidas a medias, de obras incompletas, y no sólo nosotros somos los que padecemos, sino con nosotros las dos potencias citadas. La única esperanza que nos queda es que los Estados Unidos, que saben lo que es necesario, promuevan la decisión de evidenciar a sus compañeros de juego político, con toda seriedad, que ya no se puede perder más tiempo. Sólo deseamos que todas las potencias occidentales sigan los consejos de sus políticos y militares juiciosos y obren en consecuencia, antes de que sea demasiado tarde. Nosotros sólo podemos decir lo que para nosotros es importante y rogar que se proceda de acuerdo con ello:

1. Las potencias occidentales desean que los alemanes occidentales declaren de manera unívoca su colaboración con aquéllas, pero no sólo el Gobierno del canciller Adenauer, sino todo el pueblo. Una declaración unívoca en tal sentido sólo puede hacerla un pueblo *libre* en un plebiscito *libre*. Nosotros no somos libres.

2. Las potencias occidentales sólo hablan de la defensa de los «pueblos libres». El pueblo alemán no es libre.

3. Las potencias occidentales creen que nos concedían la igualdad de derechos al autorizarnos para asistir a la conferencia de París «en igualdad de derechos» en calidad de oyentes, sin voz ni voto sobre lo que se decida acerca de nosotros. Ellos —sobre todo los franceses— entienden por «igualdad de derechos» que los futuros legionarios alemanes reciban la misma paga y el mismo suministro que los otros soldados. Nosotros, sin embargo, necesitamos, para una fructífera colaboración, la igualdad de derechos en todos los sentidos. La igualdad de derechos en los sentidos político, económico y moral nos es tan necesaria por lo menos como la militar. Y la igualdad de derechos militares no puede llegar sólo hasta el jefe de brigada, sino que se tiene que ampliar a todos los sentidos de aquélla.

4. Las potencias occidentales han manifestado en este último tiempo repetidas veces que no se había lesionado el honor del militar alemán, porque los «crímenes» de algunos individuos no podían poner en riesgo el honor de todo un grupo social o profesional. Queremos evitar, en general, el hablar de «honor». Pero como la parte contraria ha empezado a tocar el tema, digamos que el denigrante trato como presuntos «criminales de guerra» no lesiona el honor de los prisioneros indefensos, sino que exclusivamente pone de manifiesto la falta de honor de aquellos que se hacen culpables de semejante trato durante años, o sea a partir del armisticio, después del fin de las hostilidades. No está lesionado el honor de los prisioneros alemanes, sino el de sus carceleros.

5. Significados representantes de los Gobiernos de las potencias oc-

cidentales aseguran que podríamos obtener la igualdad de derechos paulatinamente, en un largo proceso, por nuestra buena conducta y por esfuerzos meritorios de toda índole. Pero lo cierto es que se han realizado muchos esfuerzos meritorios. No tenemos casi más que la vida monda y lironda. Ahora también se nos piden nuestros últimos bienes y la sangre de nuestros hijos.

Que nadie se extrañe de que tardemos tanto, después de las experiencias de los últimos seis años, en decidirnos a entregar nuestro último, único y para nosotros más valioso bien, sobre todo en tanto no tengamos la seguridad de que este sacrificio no sirva sólo a las potencias occidentales, nuestros actuales protectores, sino también a nuestro propio pueblo. Esto sólo se asegurará si nosotros podemos disponer sobre nosotros libremente, como pueblo libre, sobre nuestros hombres, para bien de Alemania. Pero nosotros no somos libres.

6. Para ofrecer voluntariamente tan gran sacrificio por la causa de la Europa occidental, el pueblo alemán, y en especial la juventud alemana, tiene que tener la convicción de que laboran por una causa buena y justa, por su propia causa, y que, en caso de necesidad, tomarían las armas. Esta convicción no existe actualmente en amplios círculos de la juventud alemana. Es necesario, por tanto, ofrecerle un nuevo ideal. Actualmente no posee ninguno. Quien quiera hacer voluntariamente un esfuerzo, quien deba defender algo, tiene que ser libre. Pero nosotros no somos libres.

7. ¿Qué ideal podrían ofrecer las potencias occidentales a los alemanes para promover la voluntaria disposición a la colaboración? Sólo el ideal de la libertad. Si se nos promete la libertad, pero no se cumple la promesa, falta la fe en la honradez de la promesa. Si se nos dice que tenemos que tener paciencia, que los complejos de los otros pueblos aun no se han vencido, sólo podemos contestar: *bis dat qui cito dat*. Si las potencias occidentales necesitan aun mucho tiempo para vencer sus complejos, entonces nos arrollará a todos juntos, el día menos pensado, el bloque oriental.

8. También se habla en ocasiones de la base común de la religión cristiana. Esta base existía realmente en la Edad Media. Desde entonces

está cada vez más quebrantada, al menos en su significación para la política de altura. Se ha convertido en un asunto particular de la vida individual, pero ya no domina las decisiones de los hombres de Estado. El lazo de la religión cristiana se ha relajado demasiado para servir de unión política y militar al bloque occidental. Inmediatamente después del desastre pasó una gran oleada de religiosidad por todo el pueblo alemán. La grave aflicción hizo buscar a los hombres angustiados el consuelo de la iglesia y de la oración.

Desgraciadamente, no tardó en remitir esa marea religiosa, cuando se comprobó que la voluntad de expiación y el pleno reconocimiento de las culpas no ejercían ningún influjo en la conducta de los vencedores. Grandes partes del pueblo se inclinaron hacia una concepción vital de tipo materialista, incluso nihilista. Nada pudieron evitar en este sentido las obras de caridad de dignos sacerdotes. La influencia de ellos fue insignificante en el campo de la alta política.

9. Se habla, además, de solidaridad de la raza blanca. Si existiese tal solidaridad, nuestro pueblo tendría que recibir un trato **distinto**. Porque, a fin de cuentas, también nosotros somos hombres blancos y hemos contraído algunos méritos con el progreso de la raza blanca, incluso con la cultura de toda la humanidad.

10. Los aliados occidentales necesitan soldados que puedan acabar con el prepotente enemigo oriental, no en una lucha entre máquina y hombre, sino en la mucho más dura de hombre contra hombre. Desean nuestra cooperación porque pretenden que la cultura de Occidente está en peligro. Su bandera esencial es la de la libertad. Pero nosotros no disfrutamos de ella, y nos ofrecen para nuestra cooperación una situación de legionarios extranjeros.

Quieren que bajo la protección de una movilización occidental, que hasta ahora no es más que un «bluff», nos rearmemos contra un enemigo cuyas peculiaridades combativas apreciamos, por propia experiencia, mucho más que las potencias ocupantes. Y, además, debemos constituir grupos de combate de menos valor y que paguemos esos grupos y además a las tropas ocupantes, que viven en la opulencia, de todo lo cual no vemos hasta ahora ninguna ventaja para nosotros.

Entre los obreros parados de la Alemania occidental podrán obtener, sin duda, los aliados un par de miles de legionarios de un valor dudoso. La juventud alemana no abandonará su actitud pasiva y reservada hasta que se le brinde una auténtica camaradería de armas.

Si se reflexiona sobre nuestros compromisos de política exterior, los obstáculos con que tropezamos, nuestras esperanzas y nuestras perspectivas, entonces no resulta extraño si se oye tan a menudo el ominoso *sin mí*, que delata una profunda resignación. *Sin mí* es, para muchos, la expresión de la duda ante el futuro, del egocentrismo, del individuo que cree estar tranquilo cuando no se perturba su círculo personal y estrecho. Pero no existe ninguna esperanza de poder mantener ese círculo estrecho incontaminado si no se resuelve la gran cuestión del destino de nuestro pueblo y de la Europa occidental. Por eso nos oponemos a la resignación. Por eso clamamos al pueblo alemán: «¡No sin nosotros, sino con nosotros, y si los otros no pueden lograrlo, entonces por nosotros!» De cualquier modo, «*como hasta el presente ya no se puede seguir*».

VI.—¿Y NOSOTROS?

La consigna del *sin mí* no es sólo válida para las potencias ocupantes, sino también muchas veces para el propio Gobierno. En primer lugar, el pueblo alemán quiere, al fin y ante todo, la paz, y precisamente una paz auténtica y duradera. Como no existe por ahora tal perspectiva, y apenas puede crearse solamente desde el lado alemán, esta crítica al Gobierno falla parcialmente su puntería. Sin embargo, nada más justificado que el deseo de paz. Sin paz no puede haber un resurgimiento de nuestro pueblo. Nada sería más peligroso que jugar constantemente con la idea de una guerra preventiva, o de una guerra a ultramar. Si se critica con referencia a esto al Gobierno federal, es que la oposición se dirige en primer lugar a la buena voluntad con que el Canciller acogió los deseos de las potencias occidentales para que Alemania aportara contingentes armados. El Canciller no fué nunca militar. Dijo, sin embargo, que era persona con comprensión para la milicia. No obstante, nos será permitido exponer algunas dudas, porque no sabemos si esta comprensión, tan tardíamente expuesta, excede a la idea superficial de que se necesitan militares permanentes para la defensa de Alemania. De las dificultades y de la necesidad de tiempo para constituir un Ejército de la nada, parece ser que el Canciller tiene ideas bastante incompletas. Ya en tiempos pasados resultaba casi imposible realizar una movilización de la noche a la mañana.

«¿Es que puedo hacer brotar ejércitos de la tierra?

¿Es que brota de la palma de mi mano un campo de espigas?

¡Despedazadme, arracadme el corazón,

Y repartidlo en monedas en lugar de oro!

¡Sangre tengo para vosotros,

Pero no plata ni soldados!»

Los ejércitos modernos son mucho más difíciles de *hacer brotar de la tierra* que los ejércitos armados con picas y ballestas en tiempos de la Doncella de Orleans.

El Canciller federal solicitó hace tiempo una garantía de la seguridad alemana por medio de las potencias ocupantes. En Petersberg contestó: «La presencia de las potencias ocupantes es la garantía para la

seguridad alemana.» Un periódico importante alemán preguntó: «¿Y qué tal sería una garantía por la presencia?»

Hasta el momento, el número de tropas ocupantes es realmente insuficiente (8). Se han dado seguridades de refuerzos por parte americana e inglesa. Pero los peritos militares alemanes quieren ver las tropas, y las medirán con la escala con que medían a la propia Wehrmacht, porque saben qué es lo que se exigirá de estos soldados cuando la cosa se ponga seria.

Si ha de existir una sincera disposición alemana para la colaboración deseada, ésta sólo se podrá realizar si hay suficientes contingentes aliados, que sirvan de cosa distinta que de «sombrija de papel», como ha dicho B. H. Liddell Hart, para que bajo la protección occidental se pueda producir la aportación alemana. Entre tanto habría que tomar las medidas preparatorias, de cuya minuciosa ejecución depende el logro de la organización posterior. Pero estos trabajos previos sólo pueden realizarse de manera adecuada si responden a los supuestos políticos, económicos y psicológicos previos al resurgimiento de una Wehrmacht. La creación de este clima de supuestos es la primera tarea con la que ha de enfrentarse el Gobierno de la República federal.

La eliminación de la difamación.

Desde el desastre, una gran parte de la prensa alemana se complace en volcar sobre todo militar, y aprovechando cualquier ocasión, toda suerte de venenosas ironías, burlas y groserías. El número de las calumnias y de los insultos es tan inmenso como no lo recuerda seguramente la historia de nuestro pueblo ni la de otros; se ataca a los que con fe en lo sagrado de su deber han puesto en juego su vida por su patria. Esta actitud insultante no se ha modificado apenas hasta el día de hoy.

Algunos órganos de prensa, valientes, se esfuerzan por introducir una tónica más decorosa y por hacer justicia; pero una buena parte de la prensa sigue marcando invariablemente el viejo rumbo del odio y de

(8) Cfr. *Kann Westeuropa verteidigt werden?* [¿Puede defenderse la Europa occidental?], de GUDERIAN, Plesse Verlag, Göttingen

la falta de vergüenza y de dignidad nacionales. Que no se diga que en el país de la libertad de prensa no pueden existir contra esas acusaciones las réplicas adecuadas. Las habría. ¿Ha intentado acaso el Gobierno frenar esa oleada de insultos? Ni en la prensa ni en la tribuna parlamentaria hemos advertido nada de eso. Los antiguos militares sufren amargamente con tanto insulto y difamación. Esperan que por parte del Gobierno federal —después de seis años— se haga honor a la verdad y se dé una lección a la prensa, de suerte que se impidan, al menos, todas las profundas ofensas y los humillantes desprecios de que se hace objeto a lo castrense. No podemos, en virtud de la capitulación total, tener representación profesional autorizada para defender nuestros intereses. Estamos hasta el presente expuestos a una propaganda de injurias, llena de animosidad y sin objetivo, de la que no nos podemos defender. Los más gruesos libros sobre temas militares los escriben señores que han vivido la guerra al calor de la estufa o prestando servicios auxiliares en Estados Mayores. Así se ha ido forjando en los últimos seis años una imagen que amenaza penetrar en la historia y que nada tiene que ver con la verdad, aunque sirva a las intenciones de nuestros enemigos de antaño y de mañana.

Si el señor Canciller federal espera de los militares que presten la colaboración a su política de esfuerzo para lograr una cooperación alemana en la defensa del Oeste de Europa, entonces debe empezar por poner coto a la campaña de difamación. ¿Cómo puede esperar que la juventud alemana elija una profesión que en la mayoría de los diarios, y todos los días, se trata con tanto desprecio?

La cuestión de las pensiones.

No es sólo públicamente donde se produce este estado inaudito e injusto. En el mismo Gobierno federal debe procurar el Canciller, por su posición, afrontar el problema de la milicia. Hace mucho tiempo que existe la posibilidad de hacer justicia con largueza al militar profesional. Ya en 1948 las potencias ocupantes habían levantado varias de las restricciones que pesaban sobre los antiguos miembros de la Wehrmacht. Desde entonces nada se ha hecho para eliminar las injusticias dictadas

por imposición del enemigo. Cientos de miles de jubilados, octogenarios y nonagenarios, viudas y huérfanos, mutilados y enfermos de guerra, están o sin ninguna subvención o con una pensión que es escasa para vivir y excesiva para morir. La culpa de todo ello recae sobre el Ministro de Hacienda de la República federal y su Ministerio. Gracias a una burocracia intransigente se ha conseguido hasta la fecha hacer ineficaces todas las medidas de auxilio. Sólo en Baviera hay más de 200.000 solicitudes de pensiones que esperan ser resueltas, y las instancias se han presentado por los que tienen derecho a ellas. Los motivos de estos lamentables métodos de trabajo están —suele argüirse— en la falta de empleados y de locales de despacho; realmente podrían subsanarse estas faltas si hubiese buena voluntad. Pero, prescindiendo de esto, todos los militares profesionales esperan el reconocimiento de la validez de su derecho a una seguridad económica; y decimos *derecho* porque la militar ha sido la única de todas las profesiones, en Alemania, que ha sido declarada ilícita, aunque el Gobierno y también el Ministro de Hacienda saben de sobra que los militares profesionales no podían pertenecer al partido y que, por tanto, se hallan libres de la acusación de *nazismo*. No han hecho más que cumplir con su deber jugándose la vida por la Patria, precisamente eso que ahora vuelve a pedirseles que hagan por la Europa occidental. A la vista de la inhabilitación a que se les condena desde hace seis años, no puede extrañarse nadie de que no sea muy intensa la inclinación a servir a un régimen de este tipo.

No sólo se trata del derecho a pensiones. Para la masa de nuestros antiguos suboficiales está en juego toda su existencia, para subvenir a la cual se habían comprometido antes a un servicio de doce años. Nuestros antiguos suboficiales tenían derecho a destinos en Correos, Ferrocarriles, Policía, Aduana, organismos públicos y Ayuntamientos. Constituían la mayoría de los funcionarios de todos estos órganos y habían hecho méritos para obtener sus puestos. No había funcionarios ni más fieles ni más disciplinados. Pero todo esto se ha olvidado. Nada se ha hecho hasta ahora para eliminar esta inhabilitación, totalmente injusta. Recientemente el viejo almirante Titus Türk recibió en Bonn un certificado judicial de su derecho a la pensión. ¿Acelerará este precedente, al fin, el trabajo del Ministro de Hacienda de la República federal?

¿Sabe acaso cuántas lágrimas y necesidades causa con su lentitud y su falta de buena voluntad?

Se puede objetar que la regulación de todas estas reclamaciones costará mucho dinero y que no hay medios para ellas. Entonces no se debe tratar de un aumento de los sueldos de los funcionarios, sino más bien de la reducción en la medida proporcional para que al militar profesional le corresponda también su pensión. Lo que queremos es igualdad de derechos para todos tal y como es natural en una auténtica democracia. Quitar todo derecho a un profesional no culpable, al que se ha privado de la posibilidad de defender sus derechos públicamente, contradice a las reglas más elementales de la democracia.

Si el Gobierno federal estima en algo, para el caso de una «aportación de fuerzas», contar con militares útiles y no con mercenarios o pobres desvalidos, debe cambiar rápidamente de actitud. De otro modo, el valor combativo de sus legiones sería pura ilusión, y en el caso de guerra conduciría a una verdadera catástrofe.

La meta.

Pero esto no pasa de ser un deseo válido para las generaciones pasadas, con cuya cooperación sólo se puede contar *sub conditione*. Más esenciales parecen las cuestiones planteadas por la juventud alemana. Sin la cooperación voluntaria de la juventud alemana, no se puede pensar en una posibilidad de remilitarizar a Alemania. La juventud alemana —prescindiendo de algunas excepciones artificiosamente provocadas— se muestra actualmente poco inclinada a seguir la consigna de los señores protectores extranjeros que la invita a agruparse bajo la bandera europea. ¿Quién podrá reprochárselo después de que ha visto el resultado de la última guerra y el trato que se da a los soldados, sus padres y hermanos?

La consigna del *sin mí* se propaga vivamente entre las filas de nuestra juventud, no por falta de valor o de espíritu de sacrificio, sino por carencia de objetivo y de esperanza.

A la juventud sólo se la gana si se la convence de que debe sacrificarse por una causa buena, necesaria y no totalmente desprovista de

resultado, que la dirección del Estado y de un futuro ejército persigue una meta clara y que el militar es un miembro necesario, útil y estimado de la comunidad.

Nada se resuelve, naturalmente, con un par de millones de marcos concedidos por el ministro del Interior para una propaganda que no pasa de ser papel mojado. La actitud del Estado, en especial del Gobierno federal, necesita de un viraje en redondo frente a los militares. Sentimos mucho que la mayoría de los miembros del Gobierno, así como los del Parlamento, no hayan sido militares. Esto habrá facilitado, seguramente, mucho su posición en diversos sentidos frente a las fuerzas de ocupación. Pero ahora que empieza a ponerse grave el asunto, nos gustaría ver en los organismos responsables de la República Federal hombres con más comprensión y más posibilidades de sensibilidad para cuestiones castrenses. Con ello no pretendemos, en manera alguna, una actitud *militarista* del Gobierno. La milicia auténtica rechaza el llamado *militarismo* como concepto de una vacua palabrería y juego con cosas demasiado serias. Aquí se trata, sobre todo, de la vida de la nación y del resto de Europa, y lo que importa es provocar la voluntad para la *autoconservación*; voluntad que se ha perdido; si no surge, nos hundiremos todos juntos. Esa voluntad de *auto-conservación*, de defensa contra la violencia, es la que falta en amplios círculos. ¿Cómo va uno a defenderse en tal situación?

Si se quiere movilizar a la juventud alemana y si se desea que acuda a la llamada con gusto y voluntariamente, hay que convencerla de que van a ser defendidos *su* Alemania, *sus* madres y hermanas, *su* hogar y *sus* haciendas, que pueden ser defendidos, y que la defensa no se organizará sólo en una línea del Rhin o de los Pirineos, como resto de una Europa occidental actualmente ya harto esquemática. Luego hay que convencerla de que puede concurrir, en condiciones de igualdad de derechos, a una unión para la defensa de la libertad; pero lo primero es que la juventud sea completamente libre.

Hasta ahora no se ha intentado nada de esto. ¿De dónde le va a nacer a la juventud el entusiasmo por la causa de la Europa occidental, o siquiera de la República Federal?

La cuestión de la neutralidad.

A la vista de la grave situación mundial y del actual desmayo de nuestro pueblo en el cuadro del resto de Europa, muchos alemanes ven la salvación en la neutralización de nuestro país. La proposición es demasiado seria para ser rechazada sin más ni más. Los hombres que proponen la neutralización de Alemania no creen ya en el refuerzo a tiempo de las tropas occidentales en la medida suficiente para poder ofrecer resistencia a una agresión oriental. Perciben las opiniones de prohombres de Estados Unidos que se muestran contrarios al envío de tropas estadounidenses en suficiente número a Europa. Leen en el *Observer* inglés que las potencias occidentales deberían ofrecer a Moscú la renuncia al rearme alemán a cambio de elecciones libres en toda Alemania. El *Daily Herald*, órgano del partido laborista, publica la proposición del publicista norteamericano James propugnando la unificación de Alemania y su subsiguiente neutralización, mientras se establece detrás del Rin un fuerte ejército de las potencias signatarias del Pacto del Atlántico para evitar que Rusia intente una ocupación de Alemania. En Bélgica también se han oído peticiones sobre la neutralización de Alemania, exigencia que se produce simultáneamente en Hungría, Rumania y Bulgaria.

Nos hallamos ante los preparativos para la conferencia de los cuatro grandes (Estados Unidos, Inglaterra, Francia y U. R. S. S.). No se sabe si llegará siquiera a celebrarse. Pero es evidente que la Unión Soviética quiere tentar a las potencias occidentales para conseguir con la neutralización de Alemania un aplazamiento de la guerra.

Nos hallamos ante el hecho de que en este año ya no se podrá llegar a una verdadera defensa de Europa por medio de tropas del Pacto del Atlántico, debido a la vacilante política de los occidentales. Corea ha devorado las fuerzas previstas para Europa y las sigue devorando. Ya repetidas veces hemos suscitado la cuestión siguiente, que volvemos a plantear: ¿Dónde se halla, según las potencias occidentales, el punto de gravedad de sus intereses políticos y con ello también su esfuerzo militar y su concentración? ¿Está realmente en la Europa occidental? Entonces han sido erróneas hasta ahora su política y su dirección bélica..

¿Es que resulta aún posible rectificar los errores cometidos hasta el presente?

A la vista de la no concesión de igualdad de derechos a Alemania en todos los órdenes; a la vista de la manifiesta política retardataria de Francia e Inglaterra, son justificadas las dudas sobre la capacidad defensiva de la Alemania occidental, y es comprensible el deseo de emprender otro camino. Esto ya lo han conseguido las dos grandes potencias europeas. La culpa de ello la tiene su política predilecta —estrechez de miras, tendencia al despojo de la Alemania occidental—, que ha matado las esperanzas del pueblo alemán, obligado ahora a buscar otras soluciones. ¿Quién se lo reprochará? Ni siquiera el Canciller federal, aunque le disguste la idea. El debió haber emprendido otra serie de medidas para la rehabilitación de la libertad alemana. No se trataba en primera instancia de aportar contingentes alemanes, sino de conquistar la libertad política y económica. Parece problemático que haya tiempo para ello. De cualquier modo, sólo una acción rápida puede resolver la situación; si no, habrá que emprender otro camino.

Si se admite esta idea, se comprenderá que la primacía no hay que concedérsela a la movilización de contingentes alemanes, sino a la unificación de toda Alemania, convertida en Estado común, en Estado libre, independiente, autónomo, neutralizado y alemán.

La unificación de Alemania.

La cuestión de la unificación de Alemania la ha reconocido también el Canciller federal, aunque hasta ahora haya estado sólo latente en la República federal alemana occidental, mientras que la zona oriental la ha propagado como consigna. Es cuestión muy difícil, y seguramente más de una noche habrá quitado el sueño al Canciller oriental. Porque con ello resurgirían muchas y complicadas cuestiones, que por sí mismas dificultarían la vida de los hombres de Estado. Pero con elecciones realmente libres, secretas y con admisión de todos y para toda Alemania, se produciría, tanto en el interior como en el exterior, una situación nueva, que, según opinión de los enemigos de la neutralización, implicaría nuevas posibilidades de desarrollo.

La unificación de Alemania será, más tarde o más temprano, insoslayable si es que el pueblo alemán ha de existir de manera perdurable. Sólo por la unificación de las zonas industriales del Oeste con las zonas agrarias del Este puede alcanzar Alemania una autarquía, si no completa, sí suficiente para verse libre de las oscilaciones de las coyunturas económicas que ponen en riesgo el abastecimiento del pueblo (prescindiendo de intencionadas interferencias de otras potencias que pretenden limitar al pueblo alemán en su voluntad económica o política).

La unificación de Alemania también es importante porque sabemos que nuestros hermanos de la zona soviética esperan con ansiedad el día de recobrar su libertad individual, al menos en el grado en que la concede la zona occidental. Estamos seguros de que los alemanes de la zona soviética rechazan el comunismo tanto como los alemanes de la zona occidental, que se pliegan al sistema del terror que íntimamente odian y que mejor hoy que mañana desearían sacudirse este yugo.

Cuanto antes pueda realizarse la unificación, tanto más fácilmente podrá lograrse la acomodación de los dos sistemas económicos de las zonas respectivas, ya separadas desde hace casi seis años. Cuanto más tarde se realice, más difícil resultará.

Es seguro que habrá que vencer muchas oposiciones y obstáculos. Lo primero es la cuestión de la Policía Popular y la Policía de la zona occidental. También surge la cuestión de la garantía de elecciones realmente libres y secretas para el Parlamento común; la cuestión de la protección de la neutralidad por tropas, por ejemplo, de Estados de la O. N. U. que no hayan participado en la guerra contra Alemania. Habría que retirar las actuales tropas de ocupación. Después de las elecciones y la constitución del Parlamento, habría que formar un Gobierno común y proceder después a la reconstrucción de la patria de todos los alemanes.

Es dudoso que se obtenga para esto la autorización de las cuatro potencias que van a conferenciar ahora. Sin el asenso de la Unión Soviética es irrealizable esta política. Pero es precisamente la U. R. S. S. la que ha propuesto todo esto desde 1948, y sería un error político rechazar un programa sólo porque surge ahora del partido contrario.

La protección de la neutralidad alemana no se puede confiar para siempre a tropas extranjeras. Una neutralidad sin protección es para

Alemania, a causa de su posición central en Europa, inconcebible, y sería una incitación, para vecinos belicosos, a usar de nuestro país como escenario de guerra. Antes de la retirada de las tropas protectoras neutrales sería necesario crear un ejército de protección alemán de tal magnitud que pudiese defender su neutralidad por sus propios medios. De otra manera existiría siempre el peligro de ser arrollados, bien por causas económicas, bien por motivos políticos.

Si es que se quisiera limitar además el peligro de una guerra en Europa, habría que extender también esta neutralización a Austria.

También este camino es largo y penoso; pero como el otro, orientado puramente hacia Occidente, no se ha seguido, vale la pena considerarlo. Un tercer camino nos llevaría a la guerra, y es, por tanto, rechazable desde cualquier punto de vista.

Como en todos los asuntos relativos a las cuestiones de la Alemania occidental, también en el caso de la unificación y de la subsiguiente neutralización convendría tomar la delantera. Hasta ahora, tanto las potencias occidentales como el Gobierno federal han ido siempre a remolque de las propuestas de la Unión Soviética, colocándose, además, en actitud defensiva frente a una idea que ellos deberían haber sido los primeros en provocar. Pero nosotros, los alemanes, no podemos pasar por alto, al examinar nuestras propias cuestiones de destino, el hecho de la zona soviética y el hecho de la capital del Reich, Berlín; ni olvidar a nuestros hermanos, cuya conducta hasta el presente ha demostrado tanto valor y orgullo, dando al mundo y a nosotros un ejemplo de una fuerte voluntad vital. Si Alemania quiere volver a ser alguna vez un Estado capaz de vivir, ello sólo será posible por el camino de la unificación de las zonas separadas y excluidas. Estamos tanto más justificados para reclamar la unificación, cuanto que una voz autorizada afirma que el Reich alemán, como tal, no ha dejado de existir (9).

Por eso no se puede firmar ningún Tratado de Paz que no responda a tales exigencias. Nosotros no podemos resolver solos el problema de los desplazados, de los hombres arrojados a la desgracia, si no se nos devuelve esta tierra patria arrancada contra todo Derecho, para proceder a su repoblación con alemanes. Puede declararse primero el cese

(9) *Neue Zeitung* (20-II-1951): «Un Tribunal de apelación de Estados Unidos establece el principio de la existencia del Reich alemán.»

formal de las hostilidades con las potencias occidentales. Esto es suficiente seguramente desde el punto de vista del Derecho político y de la economía. Pero que no se ate nadie para *siempre* por un tratado sobre fronteras, ni en el Este ni en el Oeste. Hay demasiadas heridas en nuestro cuerpo nacional para que pueda sanar en su actual estado. Se ha cometido una grave injusticia con el pueblo alemán por el Acuerdo de Potsdam. Ahora hay derecho de sobra a que esta injusticia se rectifique, en tanto sea humanamente posible. Las pérdidas en vidas no pueden remediarse. Pero debería ponerse orden, al menos, en lo demás: aunque sea por la paz de Europa.

Pero lo cierto es que, como hasta ahora, ya no se puede seguir.

VII.—; EISENHOWER!

Concluimos los dos capítulos precedentes con la exclamación: *¡Así no se puede seguir!* Con ello hemos querido expresar que, tanto en el orden de la política internacional como en el de la política interior, hay que buscar y encontrar un camino distinto del que se ha seguido hasta ahora, camino que sólo permitió escasos progresos en relación con la defensa del Occidente europeo y que amenaza, por haber entrado en barrena, con paralizar completamente la máquina occidental.

La República federal siguió hasta ahora el rumbo marcado por Petersberg con grande —a nosotros nos parece que a menudo demasiado grande— y rápida disposición, también entonces cuando a nosotros se nos antojaba equivocada, no sólo desde el punto de vista alemán, sino desde el punto de vista occidental y atlántico. El desarrollo de la situación mundial ha venido a darnos la razón y el reconocimiento de los hechos empieza a abrirse paso. En noviembre del año pasado [1950] se expresó el ex Presidente de los Estados Unidos, Mr. Hoover, en los términos siguientes: «Tenemos que reconocer, y el mundo tendrá que reconocerlo con nosotros, que 160 millones de americanos solos no están en situación de defender la seguridad del mundo contra 800 millones de comunistas en Asia y Europa. Podremos soportar aun dos o tres años el peso actual, si en este tiempo el gran frente del mundo no comunista se hace cargo de su participación en la defensa, pero entonces tendremos que ser liberados de una buena porción de esta carga. No podemos seguir soportándola mucho tiempo, a no ser que queramos cumplir las esperanzas de Stalin, que confía en que nos desangremos en el esfuerzo.» Es seguro que Mr. Hoover no ha hablado como político que representa a su pueblo, pero se trata de persona con una buena visión de la situación política, y quisiéramos tener muy en cuenta sus palabras. Militares destacados de Estados Unidos habían exigido aún en el otoño de 1950 el inaplazable envío de refuerzos estadounidenses para la Europa occidental. Las vacilaciones producidas quizás por influencias políticas y tal vez por los acontecimientos de Corea, no permitieron realizar el envío de los refuerzos previstos. La situación incierta de Europa persiste hasta la hora presente [marzo de 1951].

Esta incertidumbre llevó ya en el otoño último a Inglaterra a pensar en cómo se podría llegar, a costa de la República federal, a una solución de compromiso con Moscú en una conferencia de los *cuatro grandes* acerca del problema alemán. Dos precios se pusieron a discusión: el abandono de la remilitarización y el reconocimiento de la actual zona oriental, con su régimen. Ignoramos qué papel pueden jugar actualmente estas ideas en Francia y en Inglaterra. A pesar de los ruegos del canciller federal, nos enteramos siempre tarde y de manera incompleta, de los planes que sobre Alemania tienen las potencias occidentales, de forma que no llegamos nunca a tiempo para que se oiga nuestra opinión. La autorización reciente de organizar un Ministerio de Asuntos Exteriores sirve quizá para suavizar esta situación, pero no la modificará en lo esencial, ya que las potencias ocupantes se han reservado todos los asuntos decisivos; con ello reducen el nuevo Ministerio a un simple buzón.

Ahora se habla vivamente en los círculos políticos de las potencias occidentales sobre la idea de una neutralización, de la que nos hemos ocupado en el capítulo anterior. Esta discusión demuestra, ante todo, igual que las tentativas inglesas, la falta de objetivo y la indecisión de las potencias occidentales en la cuestión de la defensa en general y en la cuestión alemana en particular. La actitud poco clara de las potencias occidentales es la culpable, también, de la incertidumbre que se extiende por toda Alemania, del creciente temor a la guerra en nuestro país, de la desconfianza y del nervosismo económico que provoca. Actualmente existe en la Alemania occidental un justificado recelo contra las intenciones de los aliados occidentales con respecto a nuestro país. No podemos saber cuál va a ser, en definitiva, el rumbo de nuestro averiado barco nacional, cuyos pilotos extranjeros son incapaces de cumplir con suficiente entendimiento su tarea.

Así consiguen las potencias occidentales, involuntariamente, hacer el juego al comunismo. El único efecto positivo de la conferencia de Bruselas fué el nombramiento de un jefe supremo para todas las fuerzas de las potencias signatarias del Pacto del Atlántico. Como era de esperar, esta jefatura suprema recayó en los Estados Unidos. El Presidente Truman nombró para el alto cargo al general Eisenhower.

El nombramiento del general Eisenhower fué saludado con satisfacción por todos los miembros del Pacto. En la República federal fué reci-

bido con fría reserva. Las declaraciones del general, después de nuestro hundimiento en el año 1945, sobre nuestro pueblo y nuestro ejército, su actitud en las conversaciones sobre el armisticio y después, así como su libro, habían causado mal efecto. El general Eisenhower tenía consciencia de ese mal efecto. Entre tanto, y conociendo más de cerca las verdaderas circunstancias, se ha formado una idea de los alemanes distinta de la que tenía en 1945 y la ha manifestado abiertamente en su primer encuentro con militares alemanes (10). También se han dado cuenta de la actitud del general Eisenhower, en Hamburgo, los viejos militares.

El general Eisenhower ha iniciado su actividad, tan llena de responsabilidades, realizando una fugaz visita a los distintos países signatarios del Pacto del Atlántico. Ha representado ello grandes esfuerzos físicos y morales, para poder tener una idea de las posibilidades de su nueva zona de mando, aunque sólo fuera una idea superficial. Seguramente se habrá dado cuenta de todo el peso de la tarea que se le ha impuesto: lo evidencian sus constantes peticiones de apoyo a todos los países del Pacto.

Después de regresar a Estados Unidos pronunció un discurso ante el Congreso, manifestando sus impresiones y bosquejando las medidas previas a tomar. Sus manifestaciones sinceras, claras de espíritu castrense, merecen nuestra especial atención (11).

Eisenhower destaca el valor decisivo de la moral. Entiende por moral «comprensión, corazón, valor y objetivo fundamental». Exige «la libertad del individuo, su libertad política para crearse un sistema económico basado en la libertad de empresa». No quiere que todo el complejo *Europa occidental*, es decir, la reserva de obreros especializados, su capacidad industrial, sus hombres, «vayan a parar a manos del enemigo», porque entonces se quebraría de tal manera el equilibrio de las fuerzas que la seguridad de los Estados Unidos «estaría amenazada en grado muy alto».

Señala (de acuerdo con la posición de Hoover, antes citada) que los Estados Unidos no pueden cargar con todo el peso económico, financiero y material de todo el mundo. De ahí que saque la consecuencia de una política dirigida a la seguridad común de los «pueblos libres».

(10) Aquí no nos referimos a la interviú de Eisenhower concedida a la Prensa en Franco t del Meno.

(11) Según la versión alemana en la *Neue Zeitung* (3-11-1951).

El general explica después la significación de la Europa occidental para la posesión de importantes zonas de materias primas.

Para nosotros es lo más interesante lo que atañe al problema alemán: «No quisiera aludir a mis distintas conversaciones en Alemania, y esto por una razón muy determinada. Yo, personalmente, tengo la opinión de *que hay que crear primero una plataforma política y hay que conseguir un acuerdo que estipulen una definitiva y merecida igualdad de derechos de Alemania*, antes de que podamos hablar sobre si cualesquiera unidades alemanas pueden o no ser admitidas en cualquier ejército. Como jefe no cabe duda que no quisiera ser el jefe de contingentes hostiles; no me gustaría tener a mis órdenes a soldados que lucharan como los mercenarios en nuestra guerra de la Independencia. Esto sólo conduciría a la debilidad. En tanto, pues, que los políticos, los diplomáticos y los hombres de Estado no hayan resuelto debidamente este problema, no le incumbe al militar ocuparse demasiado de la cuestión.»

Dijo también: «Nadie puede defender a otra nación; la verdadera fuerza defensiva de un pueblo está en su alma. Debemos procurar que el corazón y el alma de Europa estén en regla.» Admitió también: «A nosotros se nos ha librado de una gran parte de los descorazonamientos, derrotas y destrucciones que han afligido a Europa. Somos más jóvenes; nos sentimos frescos, y —llegamos a un punto muy importante—: estamos más lejos del peligro inmediato. No vivimos en la *zona gris*... Lo que quiero subrayar es lo siguiente: El complejo de cuestiones europeas occidentales es para nuestro futuro tan importante, y nuestro futuro está tan inequívocamente ligado al de la Europa occidental, que no nos podemos permitir el lujo de no sacrificar cuanto sea necesario para evitar la ruina de la Europa occidental. Quisiera hacer constar una vez más que, si contamos con la moral necesaria, siempre hay que tener en cuenta otro factor: el tiempo... No olvidemos, pues, que no podemos desperdiciar ni un solo minuto.»

Eisenhower propone una definitiva y merecida igualdad de derechos para Alemania. Con ello quiere darnos el consuelo de una posibilidad futura que de nada nos sirve. Prescindiendo de esta objeción, nos hallamos de acuerdo con su idea de que *nuestro mundo ha llegado a una década de decisiones*. Esperamos que con el general Eisenhower estén de acuerdo el Presidente y su Gobierno, comprendiendo que están ante

la decisión de *no poder perder el tiempo*. Por eso apelamos a los Estados Unidos, en primer lugar a sus personalidades políticas, para que lleguen en la cuestión alemana a una clara decisión y procuren al pueblo alemán *la igualdad de derechos en todos los sentidos*. Apelamos a los Estados Unidos para que no tomen decisiones esenciales para nuestra vida sin nuestra cooperación y nuestro asenso. Apelamos a los Estados Unidos para que implanten las decisiones adoptadas en nuestro favor venciendo cualquier obstáculo que surja por parte de otras potencias, porque estamos convencidos de que sólo entonces podrá salvarse la Europa occidental, aunque fuera en contra de la voluntad de los propios europeos de Occidente.

Por lo que se refiere a nuestro pequeño pero importante país, es necesario que, a la petición de aportaciones militares, preceda el cumplimiento de los supuestos políticos, sin los cuales no se podrán obtener ni moral, ni hombres, ni cooperación material. *Deseamos ser libres*. Apelamos a los Estados Unidos para que se opongan efectivamente a todas las resistencias que interferirán esta política, y que cuenten para ello con nuestra colaboración, dejando que nuestro Gobierno tome parte, en igualdad de condiciones, en las conversaciones sobre nuestro destino. Queremos llamar la atención de los Estados Unidos sobre el hecho de que también en este aspecto el tiempo es precioso.

Que los Estados Unidos comprendan que la cooperación de los alemanes sólo puede obtenerse por medio de una política que conceda inequívocamente sin vacilación al pueblo alemán los supuestos para una vida sana, sobre todo *la plena e ilimitada igualdad de derechos en todos los sentidos, y el restablecimiento de las fronteras alemanas en el Este y el Oeste*. Incluso entonces aun pesará sobre el doliente pueblo alemán la enorme amenaza de ser, en caso de guerra, otra vez campo de batalla y de tener que ofrecer grandes y sangrientos sacrificios. Pero si se sigue el rumbo de la falta de claridad y de las vacilaciones, el valor y la confianza se perderán. Entonces no se podría evitar la búsqueda de nuevos caminos, lo que tampoco podría extrañar a nadie.

La decisión puede estar aún hoy en manos de Estados Unidos. El tiempo urge. ¡Ojalá no lo pierdan!

Como hasta ahora no se puede seguir.

EPÍLOGO.

Los aliados han ganado en 1945 una guerra, pero no han conseguido hasta el presente [1951] concluir una paz. Una enorme superioridad fué capaz de someter al Reich alemán. Nada lo ha sustituido. No ha surgido ninguna idea constructiva para eliminar el campo de ruinas en la Europa central. Roosevelt, y después de él Truman, Churchill, y después de él Attlee, sucumbieron bajo las artes políticas de Stalin. El resultado es el peligro de una nueva guerra.

La libertad y la justicia, el humanitarismo y la felicidad fueron para los alemanes deseos incumplidos. Sabemos que hemos perdido una guerra y soportamos, desde hace seis años, las duras consecuencias. Pero vemos también que los vencedores, después de las tristes experiencias que siguieron a la paz de Versalles de 1919, no han aprendido nada. Las consecuencias tienen que ser necesariamente más graves que entonces. Seis años después del armisticio sigue existiendo el estado de guerra en el mundo. Desde el paulatino desarrollo de la Guerra de los Treinta Años, desde hace tres siglos, Europa no ha conocido semejante fracaso de la diplomacia.

Hasta junio de 1950 se podía comprender la actitud de las potencias occidentales con sus resentimientos contra Alemania, pero desde la iniciación de la guerra de Corea y su insatisfactorio proceso no se entiende. Si en el verano de 1950 las potencias occidentales hubiesen sacado con decisión las consecuencias para Europa de la situación política más clara que nunca en todos sus aspectos, entonces se habrían podido salvar bastantes cosas. Ahora todo se ha convertido en gigantesca interrogación. Ahora se nos piden esfuerzos previos, e incluso el sacrificio de nuestros hijos para una causa completamente problemática. Hay extrañeza por nuestra vacilación. Las potencias occidentales se hallan ante la conferencia de los *cuatro grandes* (con la U. R. S. S.) para decidir nuestra suerte. Nosotros no participamos en estas conversaciones decisivas para nuestra vida. El nuevo Ministerio de Asuntos Exteriores no puede decidir nada esencial, sino que depende en todas las cuestiones importantes de Petersberg.

La única potencia que podría cambiar nuestra suerte con signo favorable es Estados Unidos. A ellos se dirige nuestro clamor:

¡Dadnos igualdad de derechos y libertad!

¡Prestad vuestra ayuda para unificar a Alemania!

¡No reconozcáis la línea Oder-Neisse ni ninguna otra frontera alemana oriental!

A nuestro propio Gobierno dirigimos las siguientes peticiones:

¡Realizad la auténtica democracia en la República federal!

¡Cread un derecho común para todos!

¡Gobernad con arreglo a una política autónoma y alemana!

*Sólo consigue libertad y vida
quien a diario tiene que conquistarla.*

Tanto en política interior como en la exterior el tiempo urge. Si en un plazo breve no surgen éxitos palpables de tipo político, habrá que declarar como fracasada la política llevada hasta hoy, entonces habrá que disolver el Parlamento y proceder a nuevas elecciones, porque la opinión del pueblo sobre nuestra situación y nuestra política se ha modificado tanto en los últimos dos años, que el actual Parlamento ya no representa la voluntad popular.

Hace algunas semanas se publicó en la Prensa suiza la noticia de que Mao-Tse-Tung había desaparecido; se sospechaba que había ido a Moscú. Al parecer, Mao-Tse-Tung ha estado realmente en Moscú, a mediados de febrero, visitando a Stalin, para pedir mayor apoyo en el conflicto de Corea y proponer la creación, por parte de la Unión Soviética, de un segundo frente en Occidente. Si se confirmase esta noticia, probaría, con la velocidad del rayo, la seriedad de la situación en la Europa occidental. Pero ni siquiera hace falta tanto.

¿Se decidirán, al fin, las potencias occidentales a la acción?

*Obras son amores,
y no buenas razones.*

HEINZ GUDERIAN